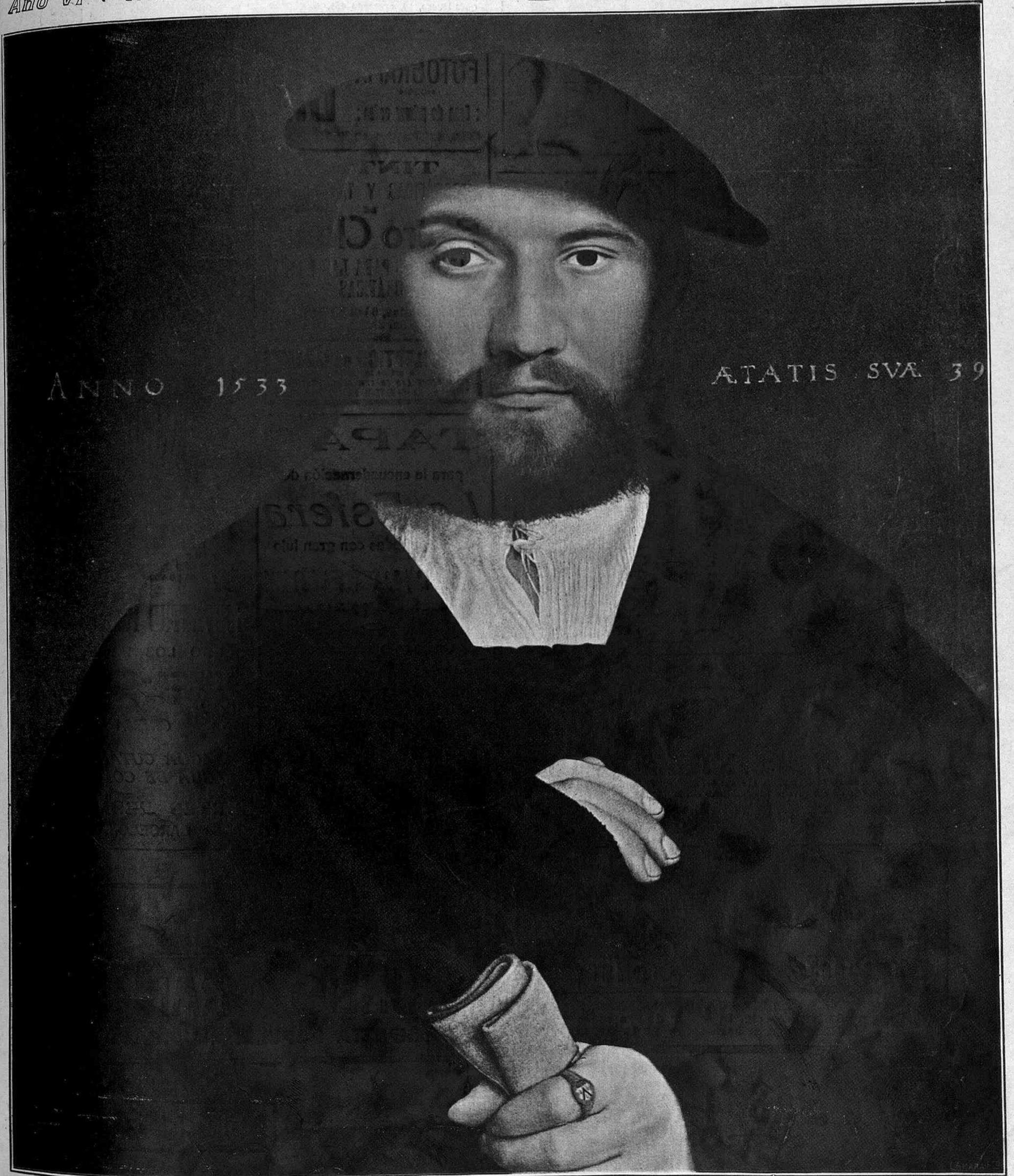


La Esfera



Año VI Núm. 270

Precio: 60 cénts.



RETRATO DE HOMBRE, cuadro de Hans Holbein

BADEN CARLOS FEDERICO

La historia de Baden, como Estado único é independiente, no empieza, en realidad, hasta principios del siglo XIX, cuando dicho territorio fué erigido en gran ducado por Napoleón I.

Los antiguos dominios del Austria anterior y del Palatinado Electoral que Carlos Federico adquirió á raíz de las guerras derivadas de la Revolución francesa, y que, juntos á los que poseía, dieron origen al nuevo Estado badense, han tenido su historia completamente independiente de los Estados de los Zähringen.

No puede hablarse de Baden como un país de la corona al estilo de Wurtemberg y Baviera, pues las diversas ramas derivadas de sus primitivos dominadores, en continuas divisiones y cambios territoriales, quitaron toda unidad á este país.

La rama menor de los Zähringen se extinguió en 1218, pasando la mayor parte de sus dominios á poder de los condes de Friburgo y Furstenberg.

La rama mayor aparece en su historia hacia el 1050. Después de su separación con la menor toman ya sus príncipes el nombre del burgo de Baden, donde se halla enclavado el antiguo castillo de Baden-Baden, y en los siglos XI al XII reciben el margraviato de Verona en concepto de vicariato imperial.

Desde los comienzos del siglo XIII se separa una nueva línea colateral, que en 1239 toma el nombre del burgo de Hochberg, adquiriendo nuevos dominios pertenecientes al Baden meridional.

En 1306 se divide ésta á su vez en dos ramas, la de los margraves de Hochberg y la de Röteln, extinguiéndose la primera en 1418.

En 1361 el margrave Bernardo logra nuevamente unir á sus Estados gran parte de los territorios badenses diseminados á causa de las sucesivas particiones; pero bajo sus sucesores sufren estos dominios nuevas alternativas, perdiéndose ó recuperándose según el éxito de las luchas en que toman parte. Las dos ramas más importantes del ducado, que son las de Baden-Baden y Baden Durlach, se mantienen separadas durante tres siglos, hasta el año 1771, en cuya fecha se unifican en la persona de Carlos Federico, al que debe considerarse como al verdadero fundador de la unidad nacional de Baden.

Nació Carlos Federico en 1728, y era hijo de Federico, príncipe heredero de Baden Durlach. Cuatro años contaba solamente cuando falleció el autor de sus días, y como quiera que su madre perdiera

á 1746, fecha en que falleció el anciano duque, sucediéndole su nieto.

El joven Carlos Federico dedicó todas sus iniciativas á fomentar el desarrollo de sus escasos dominios, y su actividad y felices cualidades para el gobierno no tardaron en verse recompensadas, pues el pequeño ducado que había encontrado al subir al trono fué convirtiéndose rápidamente en un verdadero estado próspero y floreciente.

En 1771 unió las dos ramas que durante siglos habían separado el Estado badense, incorporándose el margraviato de Baden-Baden. Provechosa por demás fué para aquel país la administración de Carlos Federico, pues introdujo cuantas medidas pudieran contribuir á beneficiarlo, extinguiendo su deuda pública, aboliendo la prestación personal, fomentando las artes y la industria, y tratando de aplicar los principios económicos de los fisiócratas, de los que era ferviente partidario.

Simpatizando con las ideas de la Revolución francesa, se unió, contra su voluntad, á los soberanos de la primera coalición para combatirla, invadiendo sus Estados los beligerantes y sufriendo el país las consecuencias del choque de los combatientes.

Carlsruhe fué ocupado por los franceses, y Carlos Federico vióse obligado á firmar un armisticio en Stuttgart, al que siguió el tratado de paz en París, por el cual Baden cedió sus posesiones de la orilla izquierda del Rin, comprometiéndose al pago de una fuerte contribución de guerra.

En la Dieta imperial de 1803, y por mediación del zar Alejandro I de Rusia, pariente de la familia reinante en Baden, adquirió Carlos Federico el título de Príncipe Electoral y amplias compensaciones territoriales.

La alianza con Napoleón le fué altamente provechosa, pues en la paz de Presburgo (1805) también agrandó sus Estados, y su entrada en la Confederación del Rin le valió el título de gran duque y la plena soberanía de sus dominios sobre los Estados del Imperio.

Falleció Carlos Federico en 1811.

Había casadomorganáticamente con Luisa Geyesberg, de la que tuvo un hijo y tres hijas.

CARLOS URBEZ



CARLOS FEDERICO

la razón al poco tiempo á consecuencia de la emoción recibida, fué confiado el joven príncipe al cuidado de su abuelo paterno, que le asoció al gobierno de Baden Durlach, compartiéndolo desde 1738

Lea usted **NUEVO MUNDO**

DE ESTA SEMANA

Contiene los siguientes trabajos literarios:

Crónica de actualidad.

El teatro de la vida, por Andrenio.

Burell, por Luis Bello.

La Puerta del Sol, por Velasco Zazo.

El galán, por Hernández Catá.

Los absurdos del amor, por Manuel Soriano.

Las terribles dificultades de la paz, por Antonio G. de Linares.

La casa de Alarcón, en El Escorial, por Martínez Olmedilla.

"In memoriam", por Julio Cejador.

Ideas nuevas, por José Miguel G. Escudero.

El tiempo pasado, por Martín Martón.



La ciudad de Arévalo, por Maximiliano Clavo.

La autonomía municipal, por S. Canals.

Julio Antonio, por J. Francés.

A diferenciarse tocan, por Unamuno.

Las regiones devastadas de Francia, por González Anaya.

Un doctor en ciencia oculta, por E. Carrère.

Vida deportiva, por Ruiz Ferrer.

La semana teatral, por A. Miquis.

Dibujos de Robledano, Tito y Matania.

Interesantes fotografías de actualidad.

Ocho planas en bicolor.

PRECIO: **40 CÉNTIMOS**



Delegación general para España de
THE MOTOR UNION INSURANCE Co. LTD.



DADA la gran importancia que en España va adquiriendo el seguro en general, consideramos de interés ofrecer á nuestros lectores alguna información sobre estos asuntos.

Con tal motivo hemos tenido el gusto de visitar á nuestros particulares amigos los Sres. D. Fausto y D. Eduardo Montojo y D. Antonio M. Fresneda, directores y secretario, respectivamente, de la Delegación general para España de la conocida Compañía inglesa «The Motor Union Insurance Co. Ltd.», personas de gran ilustración y competencia en estos asuntos.

De la conversación que sostuvimos con estos señores en los elegantes salones del domicilio social, situado en la calle del Marqués del Duero, 5, extractamos los siguientes párrafos:

—¿...?

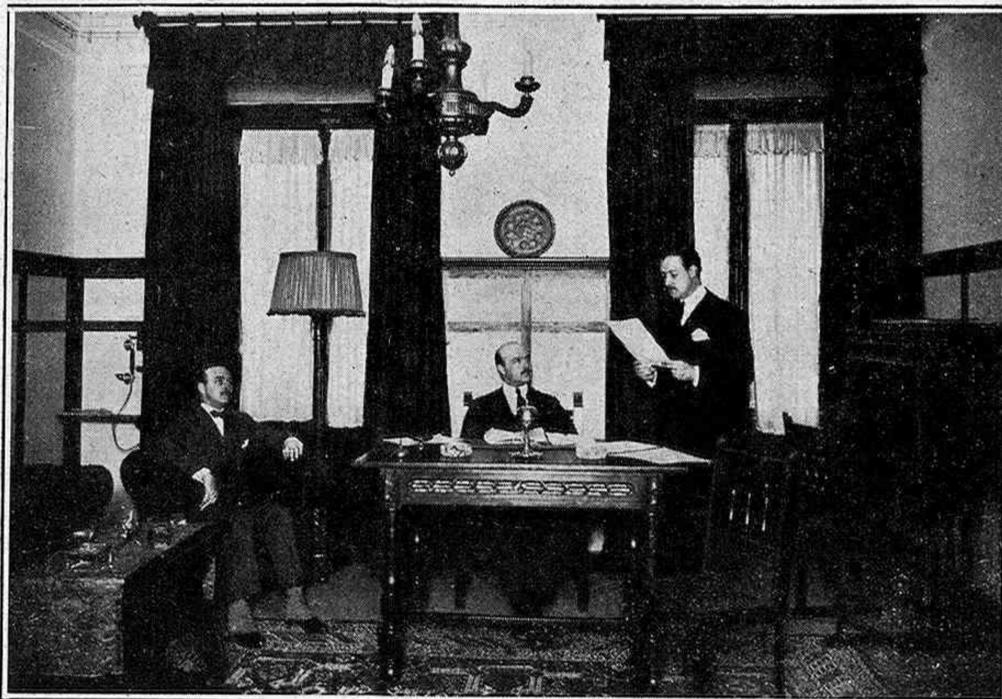
—La Compañía se fundó en Inglaterra, en 1911, bajo los auspicios de «The Automobile Association», la asociación de automovilistas más formidable del mundo, para asegurar exclusivamente sus miembros. Su rápido desarrollo fué causa de que se pensara en extender sus operaciones á todos los automovilistas.

—¿...?

—Se constituyó con un capital social de 300.000 libras esterlinas. Con la guerra ha llegado la Compañía á su época más brillante. En 1916 los ingresos por primas de todas clases ascendieron á 856.837 libras (21 millones de pesetas). En 1917 aumentaron á 1.579.664 libras (39 millones de pesetas), y este año esperamos un resultado más satisfactorio aún.

—¿...?

—El desarrollo automovilista en España alcanzó un límite tal, que la Compañía creyó conveniente crear esta Dirección, aparte de que en esa época España era uno de los pocos países europeos en que faltaba una sucursal. La forma de operar de esta Compañía tiene por objeto dar el mayor número de ventajas á nuestros asegurados. Habiendo sido fundada esta Sociedad solamente para el ramo de automóviles estudió dar un aspecto nuevo en sus pólizas, y para ello hizo la llamada *Póliza combinada*, que comprendió todos los riesgos de accidentes que puede sufrir un coche, en la que se responde al propietario hasta del último cristal de su auto, sin que cuando suce-



Despacho de la Dirección



Secretaría

da un siniestro tenga molestias de peritaje, y muchas veces pueda mandar reparar una avería sin necesidad de esperar confirmación por nuestra parte, lo cual retardaría volver á poner en uso su coche. Es tal nuestro deseo de dar las mayores facilidades, que en dicha *Póliza combinada* nos encargamos por nuestra cuenta del transporte del coche averiado al *garage*. Claro que también hacemos pólizas de *Responsabilidad civil* y *Riesgos independientes*; pero el mayor contingente lo da la *Combinada*, y no hay asegurado que, al final del primer año, no rectifique y venga á hacer la *Póliza combinada*, que es la que mayores ventajas ofrece para sus intereses.

—¿...?

Se desprende que los siniestros son diarios, pues raro es el coche que no sufre una abolladura en una aleta, un arañazo en la pintura, un faro roto por el coche que va delante; pero confiamos en ellos como nuestra principal «réclame».

—¿...?

—Estoy asombrado de que habiendo empezado á trabajar esta Compañía en época como la actual, en que casi no venían coches, los que venían eran de precios elevadísimos, y los que existían no circulaban por falta de gasolina, hayamos podido hacer una cartera de la importancia que la que tenemos en la actualidad.

—¿...?

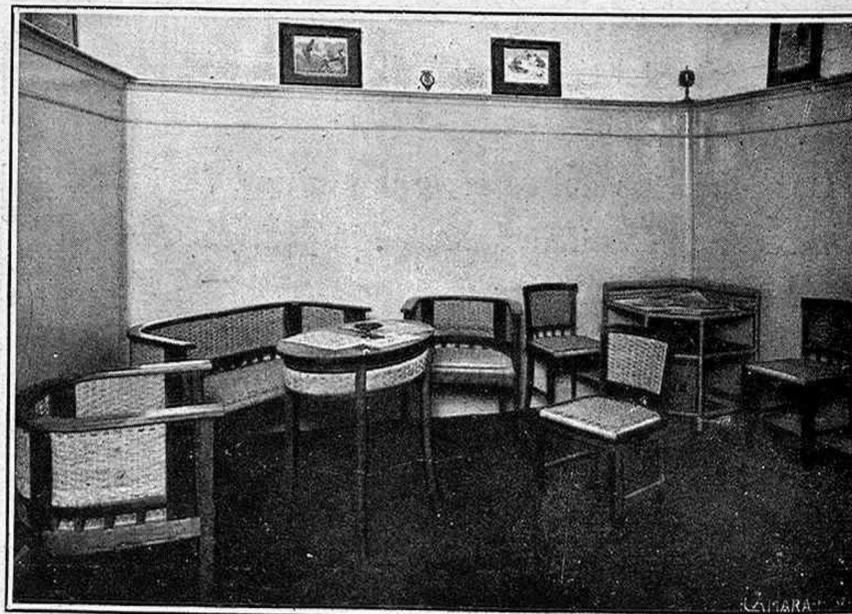
—El «Automobile Association» tiene sucursales en todas las colonias y protectorados ingleses, motivo por el cual «The Motor Union Ins. Co. Ltd.» estableció también sucursales en todos ellos. Puede usted imaginarse lo complicado que es toda esta organización, y, sin embargo, gracias á la gran libertad é independencia de acción de cada representante general, puedo casi asegurarle que cada primero de mes queda regularizada en Londres la situación de la Compañía.

ooo

Después de esta conversación, de gran interés para los automovilistas, recorrimos las oficinas, montadas con mucho gusto y confort, y nos despedimos de los Sres. Montojo y Fresneda, llevando en nuestro ánimo el convencimiento de la indiscutible utilidad del seguro y de las inmensas ventajas que representa para el ahorro.—R. GAY DE OCHOA.



Sección de contabilidad



Salón de visitas

La Esfera

Año VI.—Núm. 270

1 de Marzo de 1919

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



NOCTURNO APASIONADO

Dibujo original de José Zamora

DE LA VIDA QUE PASA
EL ARTE Y LA POLÍTICA

COMO una consecuencia del alzamiento nacional contra el caciquismo político, que ahora agita é inquieta á España, han desmochado á pedradas y martillazos las figuras del monumento á Barroso en Córdoba.

Los cordobeses, enfurecidos, hambrientos de pan y de justicia como el resto de los españoles, han recorrido las calles alzando sus puños y sus clamores, mostrando—como los descamisados del Terror francés ó los bolcheviques del Terror ruso, las cabezas sangrantes y cercenadas de sus víctimas—la testa pétrea del político á quien reverenció años antes, y las testas alegóricas de la Industria, del Comercio, de la Agricultura y del Arte.

España, que ha permanecido desligada de la guerra en una calma propicia á los enriquecimientos súbitos de exportadores y acaparadores, no lo está ahora en este período tumultuario que con triste ironía se llama de la paz.

¡Paz esa enorme convulsión interior de todos los pueblos, luchando dentro de sus mismas fronteras, estremecidos por rebeldías intestinas, convulsionados por la violencia de implacables reivindicaciones societarias!

Desquiciada, desnivelada la tierra, los millones de hombres que tornan de las trincheras, ó que esperaban famélicos, medio desnudos ó embrutecidos por la miseria y por el dolor de los pueblos sacrificados, se alzan contra todo lo que suponen tiranía actual y autocracia futura.

De un extremo á otro del mundo hay huelgas, tropas en las calles, agitaciones populares, manifestaciones contra la guerra y contra los que la guerra ha enriquecido. Todos los horizontes tienen resplandores rojos y un soplo de hoguera y de putrefacción viene desde ellos.

ooo

El descabezamiento y lapidación del monumento á Barroso en Córdoba, tiene dos aspectos: el político y el artístico.

Del político no es ocasión ni lugar éste para tratarle si no es con las generalidades anteriores y considerándole reflejo de otras turbulencias más graves de más allá de las fronteras.

Del artístico sí que podemos decir algo que pueda servir de aviso para evitar posibles y análogos atentados contra lo que debe estar por encima de la pasión política.

Los grupos de cordobeses que lanza-

ron piedras contra el monumento y descabezaron á martillazos la figura de Barroso como el símbolo de algo que les parece aborrecible, no se daban cuenta de que apedrearon y descabezaron también las otras cuatro figuras que simbolizan algo que debe parecerles respetable: el Comercio, la Industria, la Agricultura y el Arte.

Atacando á un concepto reformable de la vida política, han destruido una obra escultórica de positiva belleza. Descabezando una estatua han ofendido gravemente á un artista, legítima gloria, no solamente de Córdoba, sino de España.

Cuando, sistemáticamente, los alemanes destruyeron los templos, los museos de Flandes y de Francia, todo el mundo civilizado se alzó contra ellos con legítima y noble indignación. El arte

está por encima de todo. Los artistas son precisamente los que hacen grandes á los pueblos y perdurable su memoria en las sucesivas generaciones con edificios, esculturas, cuadros y libros.

La destrucción de un monumento escultórico por pasión política equivale á la destrucción de una biblioteca entera por que entre sus estantes se conservaran algunas obras de adverso criterio ideológico del nuestro; ó al incendio de un museo por que en alguno de los muros hubiese el retrato de un tirano pretérito.

Seguramente Mateo Inurria recordará melancólicamente, ante las ruinas de su monumento, aquellas amargas palabras del duque de Gandía ante el hedor del féretro abierto, y las aplique á su caso, diciendo: «No más esculpir estatua que me puedan derribar.» Seguramente, este lamen-

table caso de Córdoba servirá para que reflexionen un poco, escultores y Comisiones erectoras, antes de alzar un monumento. Tal vez España está sobrada de monumentos conmemorativos á políticos de toda clase de méritos y de diferente y, por lo general, escasa importancia.

Quizá sería oportuno, cuando se trata de hombres que intervinieron en las luchas partidistas y en el gobierno de la nación, aguardar el fallo definitivo de las generaciones futuras.

Pero, en lo que se refiere al monumento de Barroso, Córdoba tiene la obligación de hacer un desagradio al escultor Mateo Inurria.

Aun no hace seis meses, Córdoba entera acudió á la inauguración de ese monumento, que se celebró con toda solemnidad. Años hace que en el centro de Córdoba aguarda el pedestal vacío la estatua del Gran Capitán. ¿Y no se piensa en lo triste que sería para Córdoba, y en la profunda amargura de uno de sus hijos más preclaros—y del cual se enorgullece nuestro arte contemporáneo—, como es Mateo Inurria, tener dos monumentos de un gran escultor cordobés, sin terminar el uno y destrozado vandálicamente por las turbas el otro? No.

Tenemos la seguridad de que al publicarse este artículo ya Córdoba habrá reparado ese atentado artístico, hecho en nombre de la pasión política, y de que habrá realizado un acto de público homenaje y desagradio á Mateo Inurria.



El monumento á D. Antonio Barroso, obra del insigne Inurria, que ha sido destruído por las turbas en Córdoba. Composición fotográfica, en la que se ve la genial obra escultórica antes y después del execrable atentado

CAMARA-ETO

ANTÓN, EL OLVIDADO

EN las horas de tedio rebusco yo entre mis libros alguno de los que, siendo niño, me divertían, y el azar puso en mis manos una colección de cantares de D. Antonio de Trueba. Fué una reaparición, una resurrección. Pero el cadáver que volvía no era forma tétrica ni figura de esqueleto, sino un noble anciano, sonriente y feliz, que traía sobre sus sienes una corona de frescas rosas. Sí; D. Antonio de Trueba, Antón, el de los cantares, según le llamaron sus admiradores castellanos y vascos, no había perdido por la obra de la muerte, ni por la de la indiferencia nacional, su fisonomía grata, su bondad nativa, su gracia paterna. El dice que, siendo niño, de muy pocos años, una prima suya, llamada Pepa, hermosa, gran tañedora de pandereta, ágil garganta de cantadora, le decía en los bailes de Montellano, cerca de Galdames, lugar nativo del poeta, los donaires que á ella se le ocurrían, y el niño se los convertía en copla. Ved cómo una musa fué la maestra de Trueba: una musa rústica, lozana y briosa. Acaso fué ella el primer amor de Trueba, amor semejante al de Don Quijote, porque seguramente Pepa no se dió cata de que sus ojos y sus labios habían puesto en el corazón infantil los anhelos de una pasión y el germen del arte.

No había leído muchos libros el vate de Galdames cuando comenzó á escribir. Su estilo poético era pobre, su vocabulario escaso; pero, en cambio, la ternura fluía inagotable y comunicativa. Aquel mozuelo había nacido para poner en las bocas de

respondencia de España. Aquel bonísimo D. Manuel María de Santana, el creador del primer periódico popular de España, gustaba de recibir en su casa editorial y de otorgar amparo á los escritores nuevos. Ciertamente que el poeta de Galdames no hubiera servido para buscar noticias, ni para escribir comentarios sobre la actualidad. El gran periodista le encargó que escribiese cuentos. Y durante meses y años fueron apareciendo, de 1853 á 1857, los *Cuentos campesinos*, los *Cuentos de color de rosa*, delicadas narraciones campesinas, en las que palpita el hálito de los bosques septentrionales, y en los que todo era bello, sencillo, conmovedor.

viaje de las gentiles voladoras. Cuando la nave, con las velas tendidas y rígidas por el impulso del viento, surge del puerto, llevando en el puente la tripulación de jóvenes vascos, recios como gigantes, inocentes como niños, que van á las lejanas y peligrosas playas, y se despiden de las costas adoradas con la oración en los labios y las pupilas húmedas de emoción, hay que traer á la memoria los versos del cándido y melancólico Antón que, en estrofas de suspiro, nos dijo lo que piensan los héroes del mar al desaparecer en el campo cristalino de sus anteojos las cimas de la cordillera patria, envuelta siempre en nubes. Y cuando los muchachuelos juegan en el



Casa de Montellano (Vizcaya), donde nació Trueba



ANTONIO DE TRUEBA

sus conterráneos vibraciones de poesía que pronto iban á trascender por toda España.

Y ese poeta iliterato fué durante mi infancia, y en los comienzos de mi vida juvenil, el estro que resonaba dondequiera. Sus libros de canciones se vendían como pan bendito. Dos editores se enriquecieron imprimiendo y reimprimiendo las coplas de Antón. Y mientras tanto él seguía pobre.

Los literatos de Madrid, que siempre han sido generosos para la producción provinciana, acogieron al extraño rimador con agasajos y con vitores. Y pronto tuvo modo de ganarse la vida el bilbainito en la redacción de un periódico: *La Co-*

Luego, el Señorío de Vizcaya nombró á Trueba archivero y cronista, y desde entonces, con escasas ausencias del solar nativo, vivió nuestro vate entre sus paisanos.

Sus canciones fueron cada vez más populares, y las recitaban los niños de las escuelas de Madrid y de Bilbao. Eran coplitas delicadas, más que obra del ingenio, latidos del corazón.

«Caballito que sudas
unido al carro...»

Yo aprendí siendo muy niño este lindo ejemplo poemático, y aun queda en mi memoria, y al sonar de nuevo en ella, no es que me rejuvenece, es que me infantiliza.

La presente generación apenas conoce á este sencillo y tierno vate que, la mochila al hombro, el bastón en la mano, recorría los valles y las montañas de la tierra vasca, buscando temas para sus cuentos y para sus poesías. Popularísimo en su tiempo, hoy está casi olvidado.

La crítica encuentra hartos infantiles sus páginas, y las desdeña. Hay, sin embargo, en ellas una cantidad de ingenuo sentimiento que sólo alcanzan los que han nacido con el don precioso de la poesía, escuchando siempre la voz sonora de la musa que les dicta lo que ellos escriben. Hay una literatura de gabinete que se produce entre los libros. Hay otra que, espontánea, nace, libre, y sin maestros se desarrolla. Esta última es la que cultivaba Antonio de Trueba.

Cuando las legiones de azuladas palomas erráticas pasan en raudo vuelo sobre las montañas de Echalar, después de haber atravesado Europa en busca de un cielo amigo, hay que recordar la hermosa canción de Trueba que nos narra ese

bosque, buscando nidos, y cuando las doncellas aldeanas se divierten en el campo, junto al hogar, Antón el poeta, el bardo de la mochila y el bastón nudoso, acude con sus rimas y para todos tiene su copla, su consejo y su enseñanza.

El que así escribía no es un literato, y la sabia crítica nada tiene que hacer con él. Es un amigo, un viejo amigo, y aun más que esto: es el abuelo eterno que cristalizó sus amores en forma métrica para que se perpetuasen á través de las edades, conservando siempre la pristina lozanía.

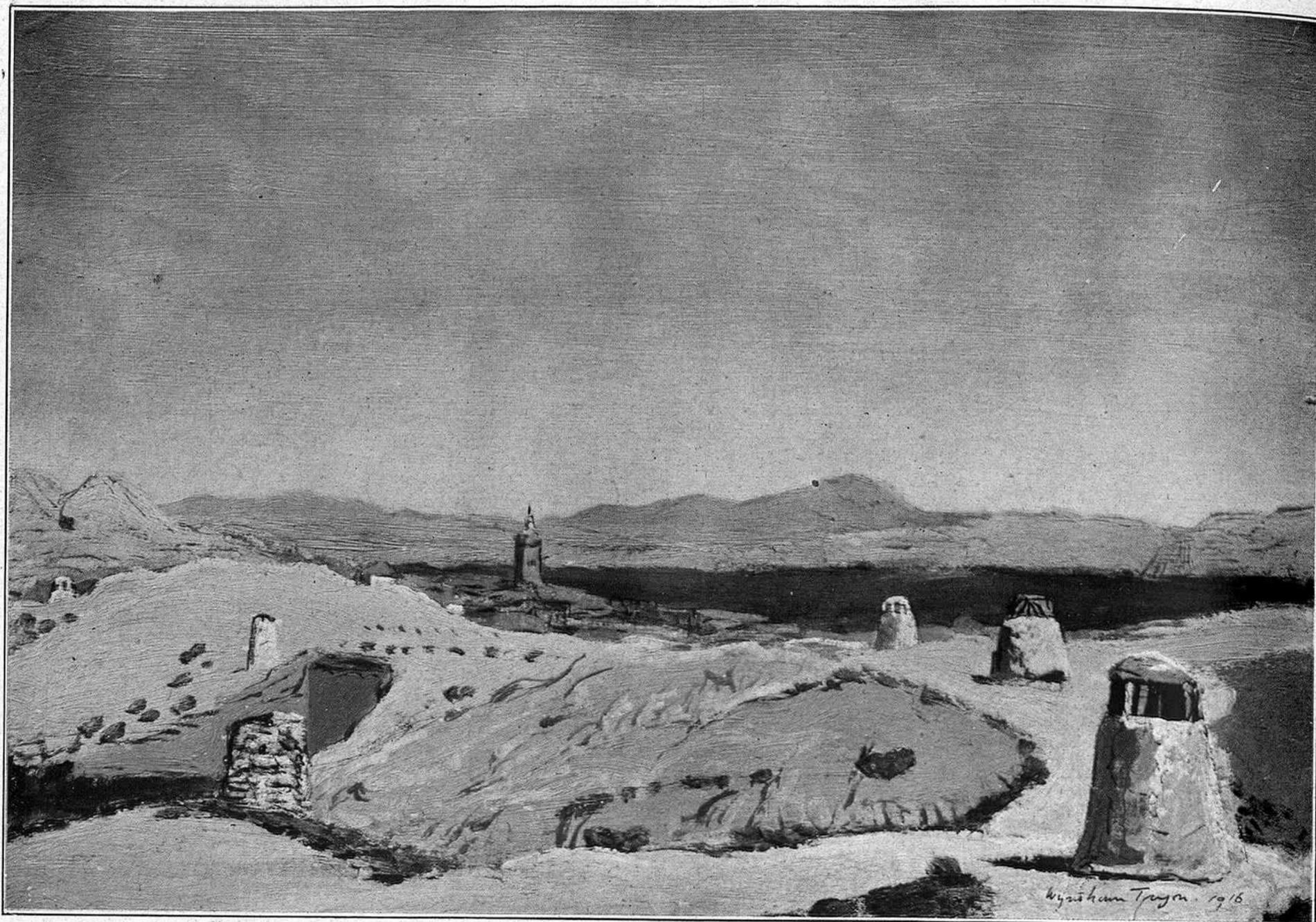
La más hermosa y dulce de las formas de la popularidad es ésta que logró Trueba: Una tarde, en una aldea cercana á Durango, el gran novelista montañés D. José María de Pereda, amigo entrañable de aquél, recitaba ante varios caseros un romance del poeta de quien hablamos. Y como dijera Pereda: «Esto que os ha gustado tanto lo escribió un paisano vuestro», uno de los oyentes, limpiándose con el dorso de la ruda mano una lágrima que había rebotado de los párpados, exclamó:

—Pero esas cosas, ¿las hacen los hombres?

Imaginaba el ignorante que «esas cosas», como él decía, nacen de sí mismas, y que las poesías eran como flores, que en vez de perfumar sueñan, y en vez de componerse de hojas se componen de sentimientos.

Poco hace que yo me detenía en una plaza de Bilbao para contemplar la estatua de Antón. Deposité ante el bronce el homenaje de mi gratitud. Aquel poeta había estremecido mis nervios con las primeras emociones del arte literario. Y los pensamientos del viejo se juntaban con las débiles memorias del infante, porque entonces no había en Bilbao bizcarrismo, y el poeta de Galdames era español hasta lo más hondo de sus nobles entrañas.

J. ORTEGA MUNILLA



“El camino de las chimeneas”, cuadro de Wyndham Tryon

UN PAISAJISTA INGLÉS EN ESPAÑA WYNDHAM TRYON

A través de diferentes temperamentos extranjeros, han desfilado por las últimas exposiciones españolas paisajes húmedos del Norte, con sus verdes blandos, sus cumbres austeras y sus cielos grises; paisajes soleados y policromos de Andalucía, con una lánguida voluptuosidad atrayente; paisajes de la costa mediterránea, con su azul, su blanco y su oro tan latinos; paisajes de Castilla, la diáfana y la amplia.

Pero estos paisajes de Wyndham Tryon nada tienen de común ó de semejante con los de sus compañeros de feliz destierro en la nación pródiga de bellezas.

Son ásperos, rudos, evocadores de ingencias bravas, de yermos calcinados, de cielos implacables sobre tierras que parecen hervir entre el fuego del sol y el fuego de sus entrañas ígneas.

El artista recorre las provincias de Alicante, Murcia, Castellón y Teruel. Vuelve desdeñosamente la espalda á las sensuales cercanías del mar y de los ríos. No le interesan huertos ni jardines; olvida las frondas que el agua lozanea. Wyndham Tryon prefiere los lugares ascéticos, solitarios que parecen aguardar, propiciatorios, una escena dramática, ó estar como empapados, como inmovilizados por el estupor de una tragedia pretérita.

Si los levantinos de la costa ignoran, aun estando tan cerca, á los levantinos de la sierra, cómo no han de ignorar el resto de los españoles esa bárbara grandeza urente de Jérica, de Jijona, con las barrancas profundas, los picachos místicos, con las piedras que diamantean de tan blancas y de tan abrasadas por el sol, con la tierra inhóspita, donde se erizan las polvorientas chumberas y piteras, con el cielo azul, azul, de una azulosidad entera, desesperada y fatal.

Había en esta exposición del paisajista inglés un cuadro que la resumía y caracterizaba. Se titulaba *Calor*, y era la evocación de un trozo de campo jijonés.

Pocas veces una sola palabra será tan justo y cabal título de una sensación. Aquel cuadro causaba impresión de asfixia. Las piedras del suelo, las entrañas rojas y blancas de los cerros, el agobio del cielo fundido con la lumbrada solar, eran de un realismo tal

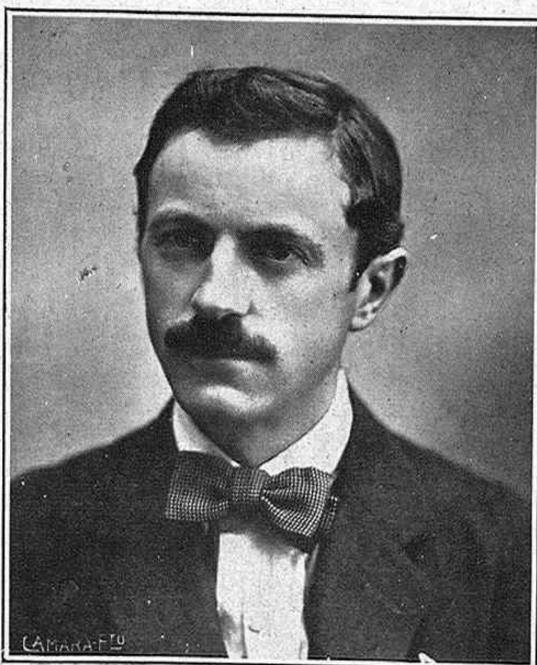
que nos punzaba calinamente la carne y nos escocía los ojos su visión cruenta. Raramente hemos contemplado una fuerza expresiva tan sugeridora como la de Tryon en este cuadro *Calor*. Nada en él promete refugio espiritual ni corporal deleite. Ni siquiera el vuelo de un ave en la chata azulosidad grisácea, ni el más débil susurro de ramas, ni el grato murmullo de una fuente ó de un estrecho regatillo lejano. Un silencio luminoso y fatal, una tierra calenturienta, unas piedras que fulgen y la tierra aletargada, congestionada; como si esta ígnea consunción de la tierra fuese eterna y el sol se hubiese detenido cenital.

Al lado de este cuadro admirable los demás parecen desgajados de él, contruidos con residuos de él, y le forman una guardia de honor. Siempre el sol y la tierra áspera son los protagonistas de todos y cada uno de ellos. Parecen dos amantes abrazados en una lúbrica sed que no se apaga con nada. El sol tortura á la tierra apasionada, y la tierra se somete ferozmente sedienta de esa tortura. Son llanuras febriles, cerros palpitantes, cumbres monásticas, castillos derruidos, cuyas piedras el calor desmigaja.

Estos cuadros se titulan: *España muerta* (Jérica), *El camino solitario* (Teruel), *Un barranco* (Jijona), *Picachos de barro* (Guadix), *El barranco de las Salinas* (Jijona), *El castillo de Cieza*, *Tierra inhospitalaria* (Jijona), *Los monigotes de Teruel*, *El camino de las chimeneas* (Guadix), *Las Ollerías* (Teruel), *La Peña* (Jijona).

Y como un desquite de tanta ignición y de tanta desolada tortura de la pobre tierra palpitante, la otra obra maestra de Wyndham Tryon es una visión vernal de Jijona.

Se titula *Primavera*, y todo el campo florece de blancuras. Es un paisaje optimista, ingenuo, desbordado de una cordialidad amable y sonriente. Diríase una estampa japonesa; diríase un fondo primitivo, y diríase una copla en los labios de mocita que piensa en el novio. Así está de sabiamente estilizado, así de sentido y así nos satura el alma de juvenilidad.



WYNDHAM TRYON

SILVIO LAGO

CON LA CRUZ A CUESTAS

Todo el mundo lo comprendió. Aquella boda fué un enorme desatino. Juan Manuel llevaba á ella, es cierto, un saneado patrimonio y el viejo lustre de la respetable casa de los Hijos, la de más rancio señorío en el pueblo. Pero era un perdulario. De sus años de estudio no consiguió sacar ni ciencia, ni siquiera un título. En cambio había aprendido, y con provecho, todos los vicios. De entonces en adelante se había convertido en un borracho crónico, á veces agresivo con aquellos que no podían devolverle los golpes por respeto, á ratos tan desahogado en sus excesos que los criados tenían que traerle en hombros hasta casa, embrutecido y como muerto. ¿Podía estar enamorada de él Laurita, hasta el extremo de cometer la locura irreparable de casarse? Eso nadie lo creía. Más bien sospechaban todos un heroico y silencioso sacrificio

ramente se sintiera dichosa. Había satisfecho una vieja ilusión de su madre, que siempre la tuvo destinada á entroncar con los Hijos, la única familia que, por su abolengo, amén de la riqueza, podía enlazar con los Pedreñas.

Y ella, después de todo, ¿no había sentido una afectuosa atracción, que era recíproca, hacia Juan Manuel, desde que ambos eran pequeños? Y á nadie más había querido nunca en la vida. Cierto que Juan Manuel había cambiado. Ahora era un borracho incorregible; pero su voluntad se hacía superior al asco inmenso que en ocasiones, al estar junto á él, imperiosamente sentía.

Y pasaron los meses y pasaron los años. Aunque se desenvolvió en silencio, la lucha fué titánica entre la fiera irascible y la compasiva domadora. ¡Qué escenas de brutalidad sin nombre en el recato de aquel hogar en continua tur-

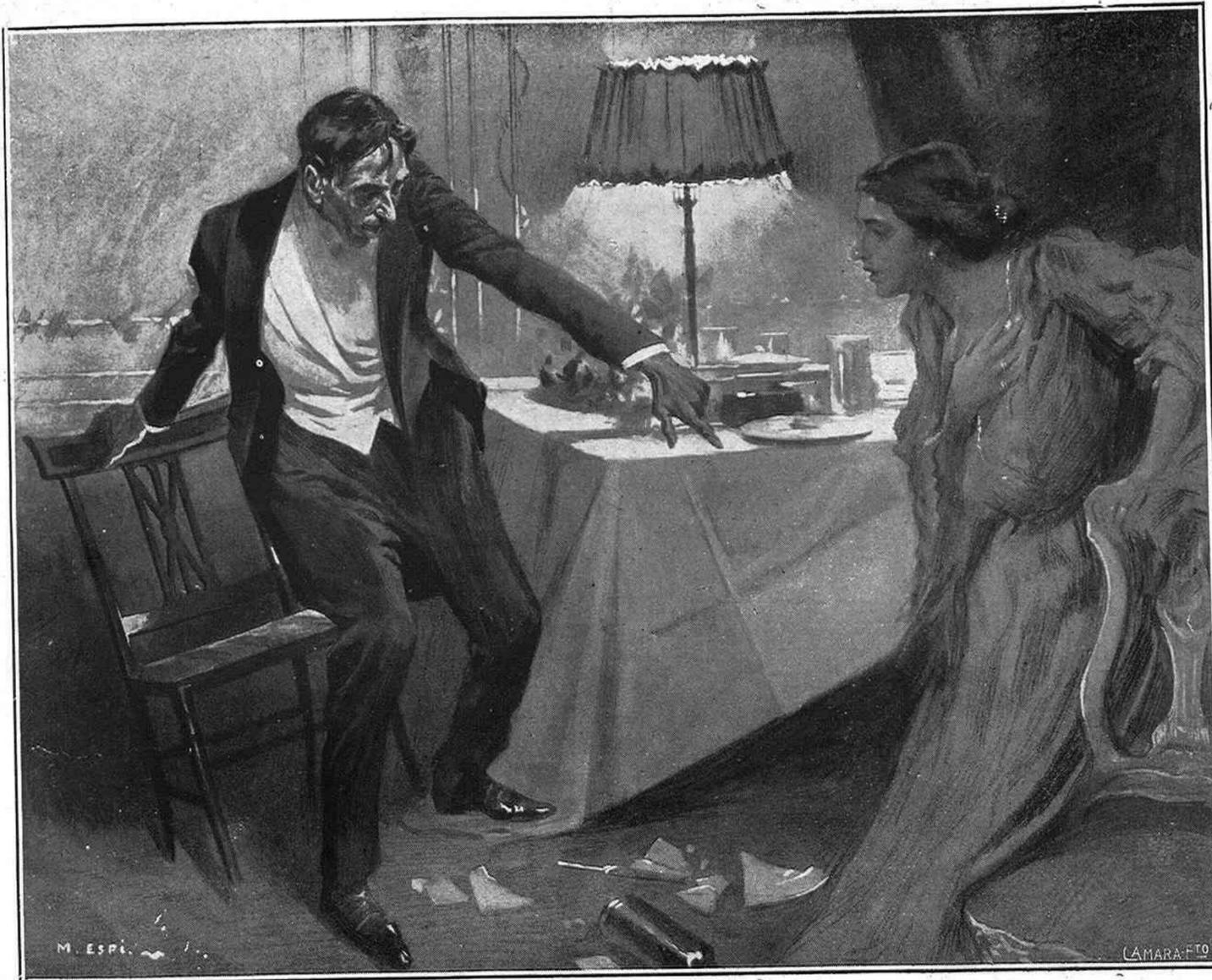
das las manos. Y él gesticulaba, los ojos embarrucados, revolviéndose, como con ansias de estrangular.

Al llamar, doña Laurita salió á la puerta. Al pronto quedó aterrada:

—¡Dios mío!... ¿Qué pasa?... ¿Qué es eso?... Comprendió toda la horrorosa tragedia de su vida. ¿Qué hacer del pobre loco?

Conservarlo á su lado, cuidarlo, aun cuando fuese necesario afrontar la muerte.

Y así fué. Había que oír aquellos gritos, como aullidos de fiera rabiosa, que lanzaba el loco. Ella procuraba calmarlo, vigilando para que no se golpease contra las paredes. En cambio, en aquel forcejeo desesperado con el monstruo, ella recibía golpes, mordiscos, y á punto estuvo en alguna ocasión de morir estrangulada bajo la presión de aquellos dedos, que apretaban como



Aquella boda no podía ser más que un convenio de familias.

¿Cómo iba á resistir aquella muchachita tan gentil, de alma tan delicada, criada como una rosa más del jardín en el caserón centenario de los Pedreñas, ya sin fortuna, la brutalidad de aquel mozalbete sin amor y sin escrúpulos?

Allí había, sin duda, una abnegación sin límites por parte de ella. Bien se traslucía en aquella sombra de tristeza que velaba su rostro, antes bondadoso y risueño, y en aquel esfuerzo que se denunciaba, ya en palabras, ya en gestos, para fingir una satisfacción interior que ciertamente no podía existir. Pero, al mismo tiempo, revelábase en doña Laurita, como todos cariñosamente la llamaban, pobres y ricos, un temple de voluntad que parecía imposible en aquel cuerpecillo frágil y en aquellos veinte años de una juventud sin alegrías.

La cosa fué, y, por tanto, ya era irremediable. Los parabienes que recibió doña Laurita, por el tono de conmiseración disimulada, más sonaban á pesames que á enhorabuena. Porque, á la verdad, cuantos la conocían, de todo corazón la compadecían. ¡Pobre niña!

Pero ella mostrábase contenta, como si since-

bulencia. A medida que pasaba el tiempo, más y más se acentuaba la embriaguez en Juan Manuel, que pasaba el día fuera de casa, rodando de taberna en taberna, sucio, desgredado, entre gente habituada también al vicio, camaradas que se había asociado para la crápula con la largueza de su bolsillo. Y á altas horas de la noche regresaba á casa, tambaleándose y agresivo. Humilde, fingiendo júbilo para esconder la pena, lo esperaba siempre doña Laurita.

—¿Qué haces?... ¿Por qué me esperas?

Y á las palabras seguían los gritos, y á los gritos los golpes.

A la noche siguiente repetíase la escena. Ella nunca tuvo una rebeldía, ni un reproche, ni siquiera una queja.

Algunas personas, lastimadas de piedad, habían insinuado á doña Laurita:

—¿Por qué no te vas á casa de tu madre? Eso no es vivir.

Ella, altiva, contestaba:

—Mi casa es ésta. Mi puesto está aquí.

Llegó, á la postre, el momento crítico. Un día trajeron unos mozos á Juan Manuel á casa, no á hombros y medio muerto, como hacían muchas noches. Ahora lo traían forcejeando con él, ata-

tenazas. No; llevárselo para encerrarlo, no. Eso nunca. Si era preciso, al lado de él moriría allí.

¿Cuánto tiempo duró? Largo tiempo. Al fin la violencia de la locura fué cediendo, desvirtuándose poco á poco, hasta convertirse en una idiotéz inofensiva. Juan Manuel parecía un niño. Sonreíase estúpidamente; balbuceaba palabras sin sentido, babeando como un recién nacido y repugnante como una bestia sucia. Y doña Laurita lo mimaba, como si en sus entrañas se irguiera el instinto materno dormido y encontrara, al fin, el hijo que le negara el Destino. Lo dormía sobre su regazo, y lo dormía cantándole una canción de cuna.

Y en el propio regazo se le quedó dormido un día, pero dormido para siempre, mirándola á los ojos con una de esas miradas estúpidas y que, sin embargo, parecía pedir perdones y expresar la gratitud de toda una vida.

A cuantos la consolaban, doña Laurita repetía:

—Me quedé sin cruz. Ahora, ¿para qué vivir?

ANGEL GUERRA

DIBUJO DE ESPÍ

¡Madrid chispero, Madrid alegre!



¡Madrid! ¡villa del Oso! ¡ciudad moderna!
 ¿Dónde se ocultan ahora tus viejos lares?
 La ignorancia supina que nos gobierna
 dejó desguarnecido tu Manzanares,
 que ya sin las florestas que hubo en su soto
 —para duelos y amores puntos de cita—
 anda en muletas de agua, cegado y roto,
 sin ver desde su cauce su santa ermita.
 ¡Calles de los Madriles! ¡Nobles moradas
 de zaguanes pretéritos y anchos portones
 y escudos y soberbias bolas doradas
 en los chatos remates de los balcones!
 ¡Casas que transpiraron por sus guardillas
 santidad y trabajo y honra y decoro!
 ¡Avapiés y Campillo! ¡Prado y Vistillas!
 ¡Huerta de Juan Fernández! ¡Campo del Moro!
 ¡Aupad las ruinas! ¡Sean vuestros cimientos
 arietes contra el burdo cemento armado,
 y vuelvan los sillares á sus asientos
 y Madrid á su antiguo primer estado,
 y tórñense las calles aristocráticas,
 anchas, sosas y frías, en pasadizos
 donde se oigan timbales, bandos, pragmáticas,
 y se hagan sortilegios, magias y hechizos
 y las mozas sacudan liendres y tacos
 en la solana, y silbe y hunda las tejas
 el viento, mientras se hacen sus arrumacos
 mancebos, zurcidoras, sastres y viejas,
 y aturde el lleno ruido de la campana

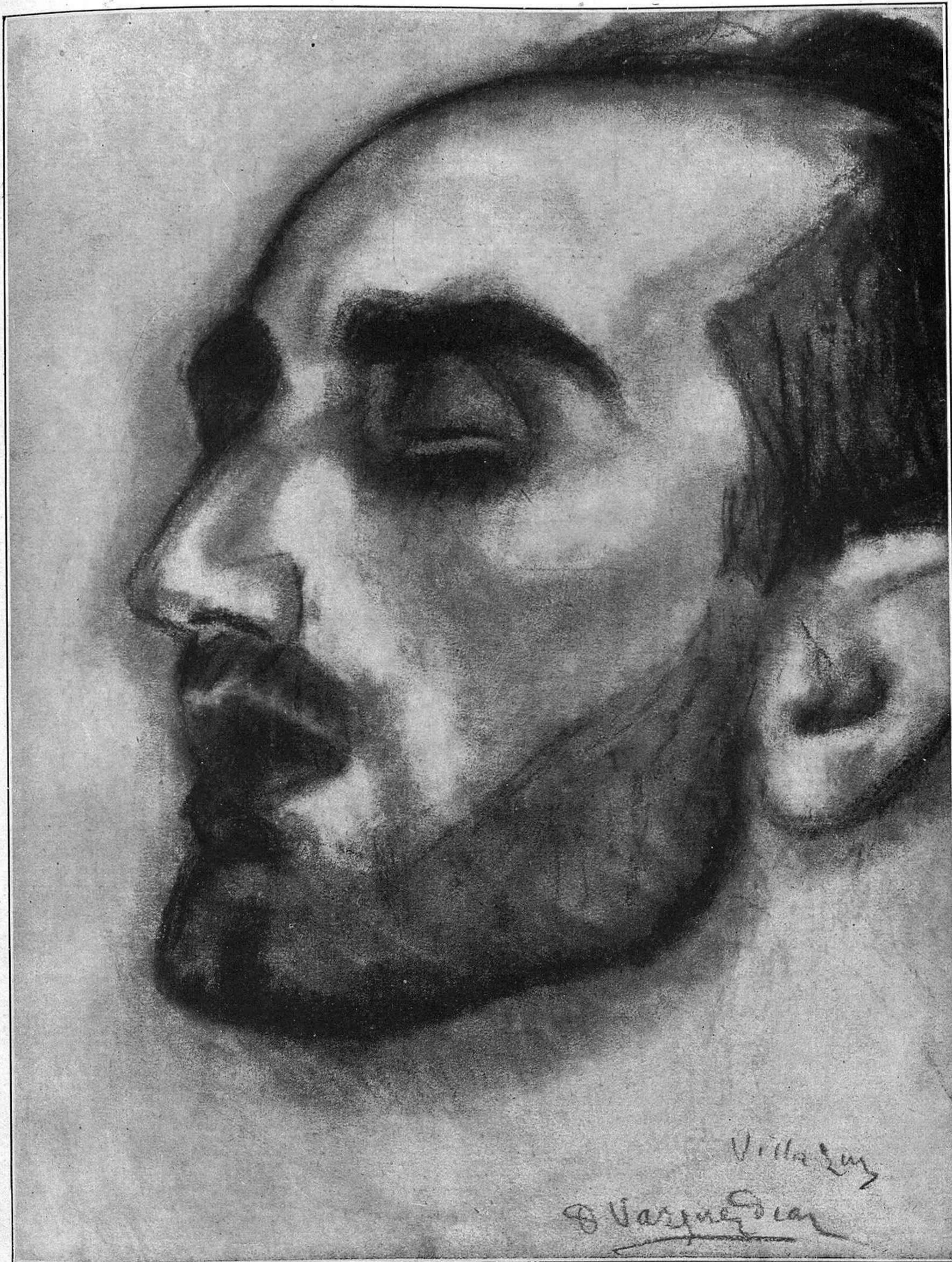
el aire en que se posa sereno y grave,
 y entra en chapín de raso la fe cristiana
 á ocupar en el templo la obscura nave,
 y pasa el consejero pantorrilludo
 que luce alba peluca bajo el sombrero,
 y el figurón espléndido de azul velludo
 al sinapismo de ascua del sol de Enero!
 ¡Costanillas hediondas, calles estrechas,
 de ventanas raquílicas y contrahechas,
 como un guiño vicioso del rancio muro;
 profundas covachuelas de ámbito obscuro
 donde rascó la pluma los sabañones
 del misero escribiente! ¡negros mesones!
 ¡lonjas medio tabernas, medio herbolarios!
 ¡palomares y cúpulas y campanarios
 en cuyos esquilones Madrid tañía
 sus penas, repicando con alegría
 si el parto de una reina varón le daba
 ó á un invicto caudillo se festejaba,
 ó entre ricos tapices iban pasando
 fantasmones históricos, capas pluviales,
 plumeros que azotaban el aire blando
 y las filas de tontos tradicionales!
 ¡Madrid del mentidero, de la gallofa,
 del desgaire oportuno, la alegre mofa
 y el insidioso y rápido doble sentido!
 ¡del burdel, de la briba, tráfago y ruido!
 ¡Fuiste perdiendo traza, gesto y perfiles!
 ¡ya no cantó tu gloria ningún poeta!

¡te enterró la vesania de los ediles
 al golpe testarudo de la piqueta!
 ¡Triunfó el maestro de obras! ¡sobre tu plano
 cementerios de vivos abran sus moles,
 zahurdas en que un déspota casero insano
 como esconde billetes, guarda españoles
 que nada encoleriza, turba ni altera
 ni aun ver al monstruo, seco, frío, inhumano,
 que atiborra los fuelles de su cartera,
 con la ley del desahucio siempre en la mano!
 ¡Tras de tu arranque, vino la cobardía;
 tras de la confianza llegó el recelo;
 tras el manolo, el quidam sin alegría
 que marcha fatigoso rozando el suelo;
 tras de la cuca falda de medito paso,
 la falda á cuyo borde sutil asoma
 la pierna, que es un hilo suelto del raso,
 no la pierna maciza de la Paloma.
 ¡Corte de los Poetas! ¡Corte de España
 que al batirte rezando, tan tuya fuiste,
 que en tu hogar linajudo, sola y huraña,
 relaciones con nadie jamás quisiste!
 ¡Madrid! ¡Madrid famoso! ¡Dulce memoria
 del que ama y sueña y pone su vida en ello,
 deja que con un beso cierre tu historia
 y el sol, que fué tu gala, ponga por sello!

Leopoldo LÓPEZ DE SAA

DIBUJO DE MARÍN

LA MUERTE DE UN GRAN ARTISTA



La última mueca trágica que la muerte dejó en el apacible rostro del genial escultor Julio Antonio fué inmortalizada por este magnífico dibujo de Daniel Vázquez Díaz, hecho expresamente para "La Esfera"

CUENTOS DE "LA ESFERA"



LOS CAMINOS DEL AMOR

ANTES de salir á la calle pasó don Leopoldo, de intento, por las habitaciones de su hija. La joven fué á su encuentro:

—¡Oh, papá, estás magnífico!

Le miró, complacida, con admiración orgullosa. Realmente don Leopoldo, alto, erguido, salientes los pectorales, soportaba con gallardía los cincuenta y cinco años. Su atavío era, además, impecable. Mientras su hija le contemplaba adornó la solapa del *chaquet* con una flor bermeja. Le satisfacía el franco entusiasmo de la joven. Todos los días, indirectamente, presentábase ante ella cuando acababa el prolijo tocado. Sus miradas eran el espejo más sincero; en la complacencia y aprobación que denotaban conocía don Leopoldo sus aciertos de elegancia. Su hija era, al cabo, una muchacha con el mismo gusto de las demás, y á don Leopoldo le interesaba mucho todavía parecer elegante á las muchachas.

—Magnífico, papá; un *dandy*. ¿Al Círculo?

—Sí. ¿Saldrás?

—Hoy no.

—Vamos... Tienes novio esta tarde.

—Me ha prometido venir; charlaremos.

Don Leopoldo calló, atareado en dominar el rebelde broche de un guante. Luego, de improviso, preguntó:

—Dime, Lucía, ¿te divierte de veras ese chico?

—¿Por qué no?

—¿Qué sé yo... Es tan reservado, tan formal...

Yo no alcanzo de qué podréis hablar. Tendrás que ponerte muy seria. ¿Sermona bien?

—Exageras, papá. José Ramón es un poquín arisco, pero sin excederse..., por lo menos conmigo.

—De eso estoy seguro. No se excederá contigo en ningún sentido; puedo dejaros solos.

—¡Papá!

—No te enfades. Tú tampoco debes sentirte loca por él, ¿verdad?... Algo de simpatía, de afecto, y basta. Es peligroso pasar á más. Y ya

sabes, nena; si algún día te aburre, le plantas en la calle. El no ha de matarse por eso; es un filósofo.

Sonó el timbre; al cabo de un instante se oyeron pasos cercanos. Don Leopoldo salió hacia el que llegaba.

—¡Hola, José Ramón! ¿Qué hay por Madrid?

—No sé nada—respondió el joven ingenuamente.

—En las nubes, como siempre. Pensando en ti mismo y en tus cosas. Lo peor será que de viejo te dé por desquitarte. Ya veremos... Ahí tienes á Lucía; mucho juicio, ¿eh?

La joven escuchaba sonriendo. Junto á don Leopoldo, su novio quedaba obscurecido. ¿Era elegante José Ramón? Lucía reconoció, un poco insegura, que, por lo menos, se acercaba mucho á la elegancia, y que, desde luego, tenía una apariencia propia, severa, respetable, de señor. Gustaba de los tonos opacos, de la sencillez y sobriedad. Pero don Leopoldo, á pesar de sus años, era de aspecto más bello y atildado. Lucía, al llegar á esta conclusión, sintió de nuevo avivado su vehemente cariño filial.

—Es muy guapo, ¿verdad?—preguntó á su novio, apenas don Leopoldo hubo salido.

José Ramón contestó de mala gana:

—Sí, muy guapo. ¿Dónde va?

—Al Círculo.

—Pude haberme evitado la pregunta. No sale de allí; es su vida. Por un rato de tertulia todo lo abandona; de ti misma no se acuerda. Nos deja solos sin la menor inquietud.

Recordó Lucía las palabras de su padre, y sonrió:

—Tiene confianza en ti—repuso, llena de ironía.

—Lo sé. Para él y para muchos eso es depresivo; para mí no. Ignoro si estoy más acá ó más allá del donjuanismo; lo que sé es que no soy un Don Juan, y doy gracias á Dios por ello. El buen tono, entre ciertos hombres, consiste en

ser caballeros sólo cuando hay un vigía delante. No lo entiendo; de veras. Tengo forjada, como todos, la novela de mi vida, y á ti, que eres la heroína, el ideal, quiero verte tan pura y excelsa que aun me parece poco el respeto que te guardo y que tú no agradeces.

Una sombra de remordimiento, una pequeña emoción ahuyentó la mordacidad del ánimo de Lucía.

—¡Qué niño eres!—murmuró cariñosamente, para desagraviarle—. ¿Crees que no te quiero?

—Me quieres más de lo que tú misma te imaginas, pero menos de lo que puedes. Si viviera tu madre te empujaría hacia mí, te haría conocerme; pero no vive, y, al faltarte ella, te faltan muchas cosas.

—Ya lo sé; vas á repetir lo que tantas veces me has dicho: que estoy mal educada—interrumpió Lucía con enojo.

—Mal educada, no; sin educar en cosas en que tú no tienes la culpa, en cosas más profundas y serias que las reglas de urbanidad. Eres buena, eres un tesoro; por eso te quiero; pero te han dejado en un abandono peligroso. Sin darte cuenta, empujada por tu bondad, serías capaz de cometer las mayores ligerezas. Desde el colegio viniste á esta casa. No conoces á nadie; no tienes parientes; estas habitaciones son para ti el mundo; el tipo ideal humano, tu padre. Le adoras, le veneras, piensas como él, ves la vida en sus obras..., y como yo soy distinto, no sé si peor ó mejor, pero distinto, tengo miedo de perderte.

Se había sentado junto á ella, pensativo. Lucía quiso distraerle. Llegó á sus labios una pregunta y sonrió, sin hablar. El lo notó.

—¿De qué te ríes?

—De una tontuna que se me ha ocurrido.

—¿Y es?...

—Preguntarte si te disfrazarás este Carnaval.

—¡Mujer!...

Rió, traviesa, ante el repentino asombro de su novio.

—¿Lo ves? Una bobada; cosas mías. Permaneció un momento indecisa. Luego, persuasiva, propuso:

—Oye, ¿quieres que nos disfracemos los dos?

—¡Bah! El capricho de todas las muchachas: ver bajo el antifaz lo que no pueden ver con la cara descubierta. ¿Y qué conseguirías? ¿Saber que hay dos mil golfos y consortes vestidos decentemente?

—No. Tengo mi proyecto, y lo realizaré si tú me ayudas. No necesitamos cambiar de traje. Sobre los de calle nos ponemos unos dominós amplios y, sin que nadie nos conozca, llegamos al Círculo.

—Bien; ¿y allí?

—¡Tonto! ¿No comprendes?... Embromamos á papá.

José Ramón se irguió:

—¡No harás eso, Lucía, no harás eso! Te lo prohibo. Si algo me quieres, si me estimas, no irás.

Desconcertada por aquel tono y aquel talante, desconocidos en su novio, balbuceó:

—Pero, ¿por qué? ¿Hay algo de malo? ¿Es tan grave?

Y como le viera indeciso, sin acertar con una explicación, gritó, jubilosa:

—¡Ah, ya sé! No quieres que vaya para que otros muchachos no me obsequien y me galanteen. ¡Celos, celitos!

Respiró él, ante la excusa imprevista que le libraba del apuro.

—Sí—respondió—. Tengo celos; temo que te me roben, que te arrebatan y se lleven, contigo, mi última dicha.

Nunca se había mostrado tan ardoroso, tan cordial. Lucía pensó, por primera vez, que su amor era cosa relativamente seria.

ooo

Una gritería que sonó en la calle atrajo á la joven hacia el balcón. Levantando el extremo de un *stor*, miró; una cuadrilla de enmascarados pasaba alborotando. Era todo lo que veía del Carnaval. Por la mañana temprano fué á misa; después, cuando la tarde cayera, saldría con su novio y *fraulein* á confundirse en la animación del desfile. Pero entretanto... Un estremecimiento la sacudió, al pensar en la picardía preparada.

Cecilia, su camarera, entró:

—Cuando usted quiera, señorita. Van á dar las cuatro.

Fueron al tocador. A Lucía no le era posible vencer su excitación. Mientras se ponían los capuchones de negra seda, Cecilia insinuó:

—Si lo supiera el señorito José Ramón...

—Mujer, qué disparate. De esto, ni una palabra.

Pasaron ante la blonda alemana, petrificada por la sorpresa, y se lanzaron escaleras abajo. En la calle, Lucía no pudo recobrar su tranquilidad.

—¡Si nos conocieran!—repetía.

—Vamos muy tapadas, señorita; no hay cuidado.

Dos estudiantes se fijaron en ellas y las siguieron. Propusieronlas cien cosas: paseo en coche, ir al baile, merendar juntos. Ellas, mudas, apretaban el paso. Al fin los muchachos quisieron sujetarlas del brazo. Lucía, sofocada, se metió en un portal y subió, veloz, hasta las guardillas. Su criada llegó, un minuto más tarde, jadeante:

—¡Qué pies, señorita; no hay quien la alcance!

Reían, medio ahogadas por la fatiga. Cuando hubieron descansado, salieron sigilosamente; los cortejadores no estaban. Esquivando encuentros y bromas llegaron al Círculo. Varios disfrizados rodeaban al portero, mareándole. Cecilia se unió al grupo y dejó á su señorita que subiera sola. En la escalera halló Lucía un tropel de enmascarados y socios sin disfriz que entraban y salían de los salones. Empujada por los demás, se halló dentro. Un ambiente denso, neblinoso, dificultaba la respiración. El barullo era enorme; chillaban las máscaras, sonaban carcajadas, oíanse cantos y gritos. Medio atontada, asfixiándose, intentó retroceder; un caballero le cerró el paso. Azoradísima, como si buscara una defensa instintiva en el nombre de su padre, lo pronunció con voz levemente desfigurada. El caballero rió:

—¡Ese Leopoldo es insaciable! ¡Y qué mujeres le tocan! Gracias á que soy un leal suyo, que de otra manera no llegabas á sus manos. Ven por aquí. ¿Ves aquella puerta? Entra sin miedo y le encontrarás.

Lucía siguió el pasillo que le indicaba. ¡Qué burdel, Dios santo! Tenía ganas de ver á su padre para descubrirse y pedirle perdón, igual que una niña arrepentida. Empujó la puerta y avanzó. De pronto, como si la hubiese detenido el golpetazo que sintió en su corazón, quedó inmóvil.

Don Leopoldo estaba allí, en un diván, flanqueado por dos máscaras. Pugnaba por derramar una copa de *champagne* en el escote impúdico de una de ellas; en la lucha se le había desordenado el traje y deshecho la corbata. Sus

pómulos sanguíneos y el brillo de los ojos daban á su fisonomía expresión rijosa de bruto en brama. Cayó el antifaz de una de las disfrizadas, y Lucía vió aparecer un rostro maquillado, vicioso y duro. Don Leopoldo rió estrepitosamente:

—¡Lo ves, Candelaria, cómo ya te había conocido!

La voz de la mujer, al dejar su agudeza fingida, sonó achulada:

—Pues ya es raro, hijo, porque hace tiempo que como si no viviera. ¡Qué indecente eres!

Lucía se apoyó en una columna. Le era imposible andar, separarse de aquel sitio. Don Leopoldo la vió.

—¡Ven, mascarita, preciosa!—dijo, con hablar zazoso por la embriaguez, avanzando hacia ella.

La joven sofocó un grito y huyó, para librarse de la mano incestuosa. En el portal encontró á Cecilia. Sin hablar una palabra, desesperada, emprendió el regreso. Su criada no podía seguirla. Iba ciega, loca, tropezando con todos, exponiéndose á ser atropellada por los carruajes. Anochece. Un guardia le invitó á quitarse el antifaz. Corrió cuanto pudo, y rendida, sin aliento, llegó á su casa.

ooo

José Ramón la esperaba. Temiendo una imprudencia había ido antes de la hora convenida. Las explicaciones de la estupefacta *fraulein* permitiéronle saber á qué atenerse. Excitado, impaciente, aguardó á su novia. Le bastó verla entrar para comprender lo sucedido. Venía sudorosa, lívida, á pesar del sofoco del antifaz y de la rápida carrera. Sin hablar llegó hasta el centro de la habitación y se derrenegó sobre una butaca, las manos á lo largo del cuerpo, caída, como tronchada, la hermosa cabeza.

José Ramón se acercó:

—¡Loca, loca! ¿Por qué has ido? ¿Le has visto?

Rompió á llorar, sin responderle. El la levantó y estrechóla contra sí, lleno de su pena.

—¡Pobrecita mía; pobrecita mía!

Permaneció unos instantes junto á él, sollozando en silencio.

—Tú lo sabías, José Ramón. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Era perderte; me hubieras rechazado, y, además, hubiese quedado en ti la duda, hubieses ido... y todo sería lo mismo... Lo mismo no, porque entonces pensarías, con razón, que yo no sabía ser piadoso. Para que no fueras fingí celos, quise imponerme; pero tú no me hiciste caso. ¡Me has hecho siempre tan poco caso!

Nuevamente quedaron callados. El silencio pasaba, como un sedativo, sobre ellos. De pronto Lucía levantó la cabeza y, fijando sus ojos lacrimosos en los tristes y reflexivos de su novio, suplicó apasionadamente:

—¡No me abandones, José Ramón! Sólo te tengo á ti en el mundo. No me engañes nunca. Sé como yo creo que eres, como yo te veo..., y perdóname.

José Ramón le hizo reclinar la cabeza contra su pecho. Estaba definitivamente ganada, pidiéndole sinceridad, amor; arrepentida de sus pasados desdenes frívolos. El desengaño y la realidad se la entregaban, castigada por un dolor que no merecía. Una ternura cálida y honda llenóle de emoción:

—¡Pobrecita mía; pobrecita mía!

José Ramón le hizo reclinar la cabeza contra su pecho. Estaba definitivamente ganada, pidiéndole sinceridad, amor; arrepentida de sus pasados desdenes frívolos. El desengaño y la realidad se la entregaban, castigada por un dolor que no merecía. Una ternura cálida y honda llenóle de emoción:

—¡Pobrecita mía; pobrecita mía!

José Ramón le hizo reclinar la cabeza contra su pecho. Estaba definitivamente ganada, pidiéndole sinceridad, amor; arrepentida de sus pasados desdenes frívolos. El desengaño y la realidad se la entregaban, castigada por un dolor que no merecía. Una ternura cálida y honda llenóle de emoción:

—¡Pobrecita mía; pobrecita mía!

José Ramón le hizo reclinar la cabeza contra su pecho. Estaba definitivamente ganada, pidiéndole sinceridad, amor; arrepentida de sus pasados desdenes frívolos. El desengaño y la realidad se la entregaban, castigada por un dolor que no merecía. Una ternura cálida y honda llenóle de emoción:

—¡Pobrecita mía; pobrecita mía!

José Ramón le hizo reclinar la cabeza contra su pecho. Estaba definitivamente ganada, pidiéndole sinceridad, amor; arrepentida de sus pasados desdenes frívolos. El desengaño y la realidad se la entregaban, castigada por un dolor que no merecía. Una ternura cálida y honda llenóle de emoción:

—¡Pobrecita mía; pobrecita mía!

José Ramón le hizo reclinar la cabeza contra su pecho. Estaba definitivamente ganada, pidiéndole sinceridad, amor; arrepentida de sus pasados desdenes frívolos. El desengaño y la realidad se la entregaban, castigada por un dolor que no merecía. Una ternura cálida y honda llenóle de emoción:

—¡Pobrecita mía; pobrecita mía!

José Ramón le hizo reclinar la cabeza contra su pecho. Estaba definitivamente ganada, pidiéndole sinceridad, amor; arrepentida de sus pasados desdenes frívolos. El desengaño y la realidad se la entregaban, castigada por un dolor que no merecía. Una ternura cálida y honda llenóle de emoción:

—¡Pobrecita mía; pobrecita mía!

José Ramón le hizo reclinar la cabeza contra su pecho. Estaba definitivamente ganada, pidiéndole sinceridad, amor; arrepentida de sus pasados desdenes frívolos. El desengaño y la realidad se la entregaban, castigada por un dolor que no merecía. Una ternura cálida y honda llenóle de emoción:

—¡Pobrecita mía; pobrecita mía!

José Ramón le hizo reclinar la cabeza contra su pecho. Estaba definitivamente ganada, pidiéndole sinceridad, amor; arrepentida de sus pasados desdenes frívolos. El desengaño y la realidad se la entregaban, castigada por un dolor que no merecía. Una ternura cálida y honda llenóle de emoción:

—¡Pobrecita mía; pobrecita mía!

José Ramón le hizo reclinar la cabeza contra su pecho. Estaba definitivamente ganada, pidiéndole sinceridad, amor; arrepentida de sus pasados desdenes frívolos. El desengaño y la realidad se la entregaban, castigada por un dolor que no merecía. Una ternura cálida y honda llenóle de emoción:

—¡Pobrecita mía; pobrecita mía!



JOAQUÍN ADÁN

DIBUJOS DE PENAGOS

EL CASTILLO DE GUADALEST



Peña Maura, y en último término el castillo de Guadalest

FOT. SOLER Y PÉREZ

A la memoria de mi hermano

GUADALEST es el nombre de un pueblo y valle situados al pie de la sierra de Aitana, la más alta de la provincia de Alicante (1.558 metros), y ofrece su castillo singularidades y bellezas merecedoras de que se le visite, utilizando ya la carretera que enlazará Alcoy con Callosa de Ensarriá y la costa de la comarca llamada «La Marina».

No se alza este castillo sobre una colina, como la mayoría de los que protegían pueblos medievales, sino que la Naturaleza le ha proporcionado para basamento un peñasco extraordinario que en el fondo del valle se yergue rodeado por varios, unos contiguos, al modo de torres avanzadas, y otros apartados («El Castellet» y la «Peña Maura»), de formas semejantes á gigantescas esfinges que perezosamente se levantan.

Todo es allí movido y dislocado, como si repercutiera en el valle la formidable sacudida sísmica que en tiempo desconocido sufrió la sierra, originando en ella las «simas» insondables y los espantosos despeñaderos de «Partegat» y el «Las de la rabosa» (Paso de la zorra).

No cuadra á esta fortaleza el nombre vulgar de «castillo de moros», pues en el siglo xvi encerraba cuarenta casas de «cristianos viejos» y poblaban el valle más de mil de «moriscos», ó cristianos nuevos, por la fuerza convertidos.

Al rebelarse éstos contra su expulsión del reino, ordenada en 1609, los batió la pequeña guarnición del castillo, cuyo alcaide era Pedro de Orduña; apellido que en el siglo último llevaba uno de los principales políticos de «La Marina», residente en aquel rincón perdido entre las montañas, y al cual acudían sus partidarios, por caminos difíciles, desde los más apartados pueblos.

En 1644 comenzó la destrucción del castillo un terremoto; aumentóla la voladura de una mina, al defender aquél la causa de Felipe V en 1708, y se le abandonó, demoliéndose sus murallas, cuando en 1848 fué lugar de una sublevación, sofocada con fusilamientos.

Hoy el castillo continúa habitado por la mitad de los vecinos del pueblo, que al pie del peñasco tiene el arrabal, y perduran en la vida del mismo raras condiciones por la fortaleza determinadas.

Por un túnel en la roca se entra al pueblo; hállase el cementerio en lo más alto del peñasco, donde hasta hace algunos años servía de fosa común lo que fué cisterna del castillo; y la iglesia, contigua á la casa de Orduña, que está frente á la entrada, tiene el campanario separado y construido sobre un pico.

Esta separación no es única en la cristiandad, como se ha dicho por un escritor meritisimo, pues abunda en Italia, y no es rara fuera de ésta. Se citan tres casos en nuestro país, y la iglesia de Brantôme (en Dordogne, Francia) tiene el campanario sobre una roca.

Se explica el aislamiento de los campanarios del Extranjero por influjo de la tradición bizantina ó porque eran ellos edificios municipales, como hoy lo son en Bélgica, y propiedad de la villa era la famosa torre de la iglesia de Santa Cruz, en Madrid, que se había llamado «Atalaya de la Corte».

Mas en Guadalest no hay que remontarse á históricos ni políticos orígenes; la causa fué vulgar: que ocultándose la iglesia por las rocas de la entrada, había de elevarse mucho su campanario para que desde fuera se le divisase y se oyesen las campanas claramente, y les fué más económico asentar el cuerpo de éstas en el pico.

Así, la iglesia parece asomarse para llamar á los fieles del arrabal.

Este campanario tenía en 1894 algunos lienzos deteriorados, y cuando años después quisieron repararlos no creyeron bastante con renovar el tejado, sino que pretendieron embellecerlo todo por medio de un revoque y del blanco más chillón.

Con ello ocultaron las piedras y las cornisas, que mostraban la robustez de la construcción y su severidad, y desapareció del todo el carácter de antigüedad.

Y el campanario, que tan bien armonizaba antes con el torreón cercano y las graves rocas, parecía después la torre de la campana de una fábrica moderna.

De aquella poesía que envuelve los antiguos monumentos y avalora los arruinados, ya no nos dice nada ese campanario; contra su encanto aparece la nueva vestimenta.

Y, al pie de la desacertada obra de los hombres, la Naturaleza prosigue la suya de armonía engalanando el peñasco con los rosales trepadores del huerto contiguo á la puerta.

Con ellos viven las palmeras y los naranjos, al pie de la sierra de Aitana, la primera que en la provincia cubren las nieves y la última en perderlas; y en la salvaje rudeza de las piedras ponen notas de gracia y colorido las palmas cimbreantes y las áureas naranjas.

ooo

Desde el cementerio enfoqué al campanario en una tranquila mañana de Agosto de 1894.

Todo estaba en silencio en el castillo, que parecía inhabitado, y el campanario viejo y el torreón ruinoso se destacaban por obscuro sobre el valle, donde el sol desvanecía las ligeras nieblas, y circulaba ya la vida afanosa de sus pobladores.

En la penumbra de los peñascos que rodean al castillo gorjeaban los pájaros; de las casas del arrabal comenzaban á elevarse las columnas de humo de los hogares; por los caminos, que cruzaban viñedos y pinares, corrían los ganados en busca de los pastos; y en las eras cantaba el trillador, excitando á las bestias que rodaban sobre las mieses desparramadas.

Dirigiendo la vista á las lejanías veíase las dos sierras que encierran el valle Aitana en el lado de la costa, y Serrella, «su acera de enfrente», en el interior; y por cima del río Guadalest, que serpenteando tras de la Peña Maura va hacia Callosa, la sierra de Bernia, con el Mediterráneo por fondo de resplandeciente azul.

LEOPOLDO SOLER Y PÉREZ

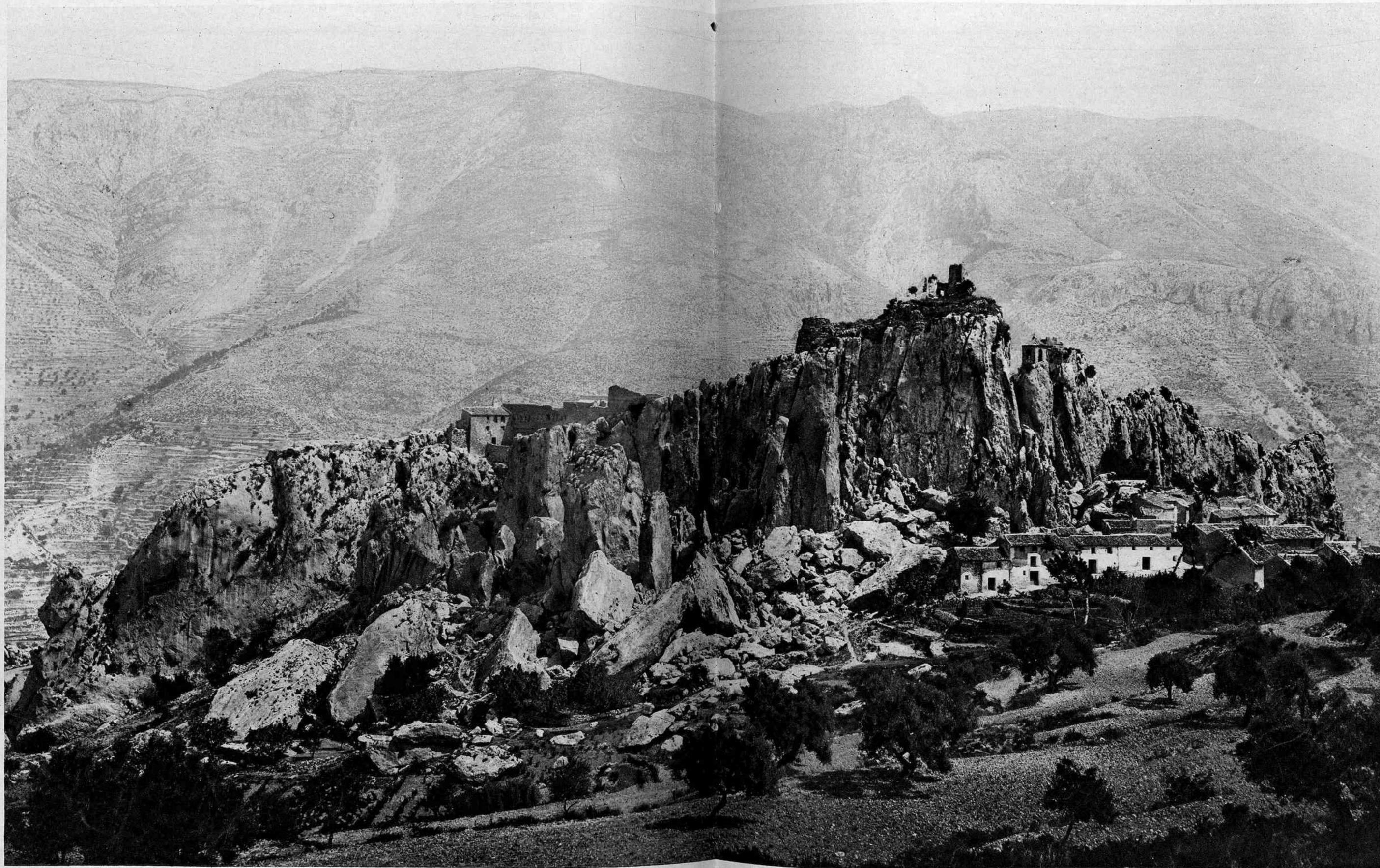
LA ESFERA

PAISAJES ESPAÑOLES



EL CAMPANARIO DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE GUADALEST
(ALICANTE)

Fot. Soler y Pérez



AVENCO
ALM 107
MAT

VISTA PANORÁMICA DEL CASTILLO DE GUADALEST

Fot. Soler y Pérez

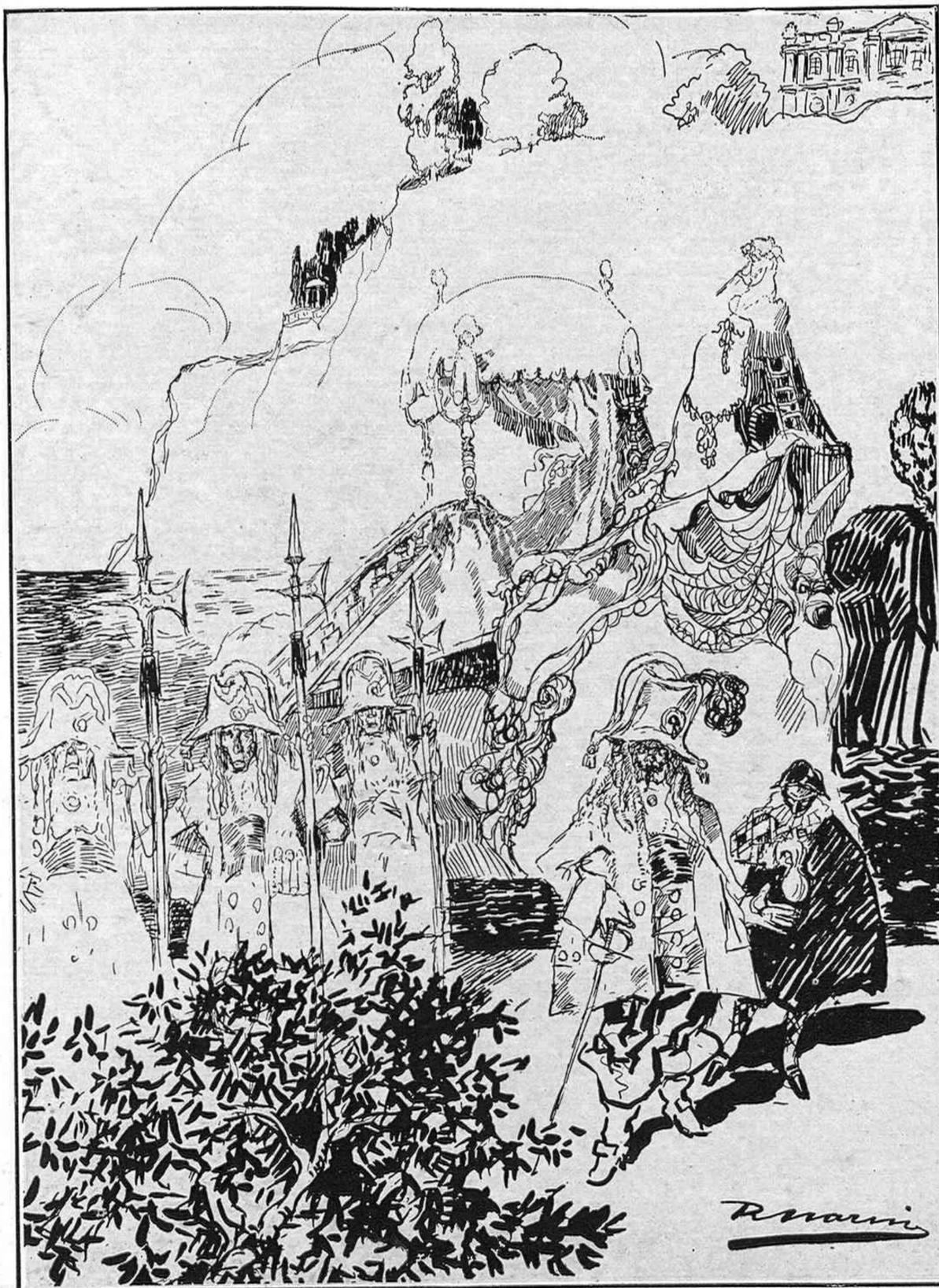
LA ESFERA

PANORAMAS DE ESPAÑA



DOS BELLOS ASPECTOS DE GUADALEST

DON CARNAVAL



PRIMERO vienen Tragaldabas, Matasiete, Espantafierros y Truenabronco; delante de ellos marcha don Fantasmón de la Tremenda blandiendo la espada de Bernardo. Surgen, después, unas doncellas de pálidos cabellos de oro, que tejen con hilos de plata la trama de los sueños; sus trajes son vagos y flotantes y están rielados de nácar y perlas. Siguenles unos heraldos á caballo, vestidos de rojas dalmáticas de terciopelo recamadas de oro, haciendo sonar largas trompas, áureas también, que anuncian la llegada del Misterio. Cuatro jinetes, en pifantes caballos, aparecen ambiguos; uno es pálido, de negras crenchas de azabache: viste de terciopelo blanco y lleva un papagayo verde sobre sus hombros; el otro es adolescente, de rubia guedeja: ataviase de azul cobalto, con guante de ante gris, y lleva un azor en la mano; el tercero parece un viajero del país de donde no se vuelve, es muy pálido, y su cabello tan claro que parece de miel: luce traje de color de otoño, y vuela junto á él una paloma; el último tiene cabellos de plata: lleva negra capa, y un cuervo es su blasón. Pasa una carroza muy baja, toda de concha, cubierta de paños de brocado y arrasada por siete unicornios alados. Luego sucede una pausa que precede al carro de la Gloria. El carro de la Gloria es algo pasmoso de magnifi-

cencia y de riqueza. Tiran de él dragones de grandes escamas metálicas, que arrojan fuego por las abiertas fauces; es todo de mosaico de ricas pedrerías y lleva guirnaldas de mirto y de laurel; cobijalo la Quimera, y águilas bicéfalas vuelan sobre él, mientras que mujeres bellísimas deshojan flores. Otra pausa; ahora niños desnudos trenzan guirnaldas de rosas y juegan con nevadas colombas; músicas ocultas entonan melodías, y danzarinas de pies alados miman pasos inverosímiles. Y aparece, por fin, el carro del Amor, en que viene la Bella.

Una sola concha enorme lo forma, sobre ruedas de diamantes; palomas blancas con riendas de perlas tiran de él, y hojas de anémona llueven á su paso. Cuando ya creemos que no falta nada, una música loca, retozona y alegre, saludá la arbitraria comparsa final en que danzan los Arlequines, gritan los Pierrots, bailan los Polichinelas, retuércense en grotescas muecas las locuras, y, por fin, presidiéndolo todo, sobre un asno que se ha disfrazado de Rocinante, bajo las armas de Babieca, va Don Carnaval.

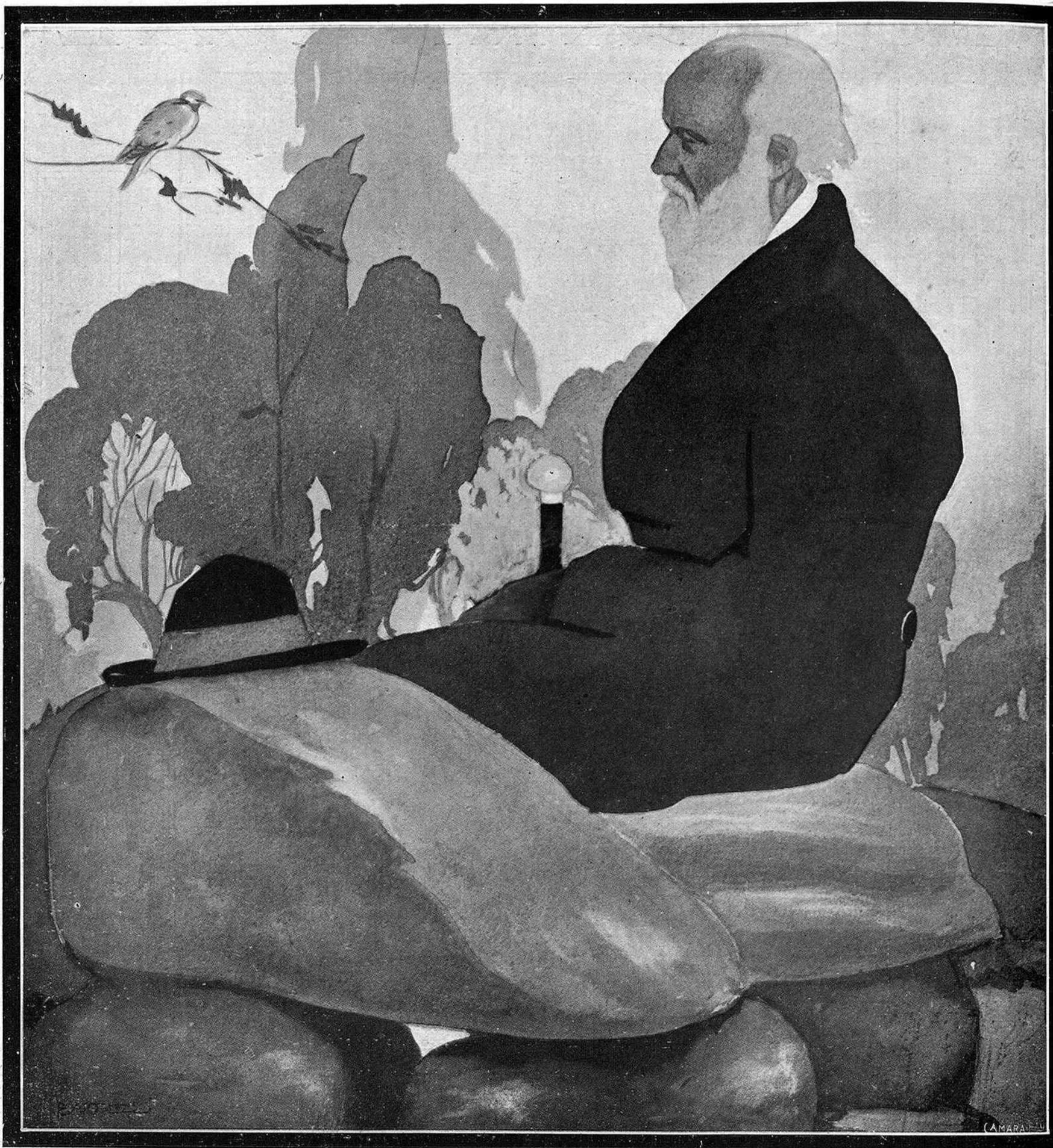
Y, cosa rara: según pasa Don Carnaval, hace una mueca irónica, y entonces, como si fuese uno de esos prestidigitadores que se complacen en destruir la ilusión mostrando el secreto de sus trucos, se ve la verdad de las cosas.

Tragaldabas, Matasiete, Espantafierros y Truenabronco son unos pobres fantoches con espadas de cartón; las pálidas doncellas tejedoras no son sino creaciones de nuestra ilusión, que torna las maritornes en princesas, las lugareñas en Dulcineas; los heraldos del misterio fórjalos nuestro miedo; los cuatro jinetes son mitos que unos hombres más hábiles han inventado para dominar á los otros; en la carroza baja no hay nada, como nada hay tras de las sábanas que se nos antojan fantasmas. Las mujeres que van en el carromato de la Gloria son cuatro hetairas viejas, desdentadas, arrugadas y astrosas, que ocultan bajo los colorines y los juegos de luz, que se llaman *ingenio, inspiración, belleza, genio*, vicios hediondos y miserables, la *embriaguez, la lujuria, la envidia, la pereza*, y, por último, en el carro del Amor duerme un muñeco informe que nuestros ojos encárganse de reves-tir de apariencias maravillosas, mientras la Quimera no es más que un sucio pajarraco.

Apenas ha pasado, fanfarrón, Don Carnaval, aparecen, lentas y silenciosas, las tres verdades: la Vejez, la Tristeza y la Muerte. Y nos sonríen.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE MARÍN



SONETOS

EN UN BANCO DEL PASEO

*En el remanso de tus verdes ojos
se diluye extraviada mi pupila,
rebotante de lúbricos antojos,
como luna que en lago azul rutila.*

*La brisa desparrama tu cabello
sobre tu frente astral sin una arruga,
y con la mano irémula tu cuello
palpo con lentitud lenta de oruga.*

*¡Me hablas por monosílabos ansiosos
que tienen el chispear de las candelas
y de arrullos, acentos melódicos,*

*y de tu amor lascivo en el exceso
la sitibunda boca me encaselas
en el círculo elástico de un beso!*

DIBUJO DE BARTOLOZZI

PRIMAVERA FILOSÓFICA

*¡Otro Abril, otro Mayo, flores nuevas!
¡Y yo, paso a paso envejeciendo!
¡Se mustia el campo; pero pronto pruebas
de nueva savia y luz y nuevo estruendo!*

*¡Ay, que los años idos son amnésicos!
¡No recuerdan y sigue el torbellino
de odios, de ansias y deseos genésicos,
llenando de hojas secas el camino!*

*¡Con qué tristeza tu esplendor, oh, Mayo,
ven mis ojos cansados! ¡Tu alegría
pasa junto a mis penas de soslayo,*

*haciendo más palpable el deterioro!
¡Pobre reo que aguarda en agonía
la hora suprema! ¡Oh, sol, sombra de oro!*

EL MAÑANA DEL HOY

*No me engaño; en el campo que hoy da rosas
mañana brotarán cardos y ortigas;
las bocas que hoy se besan amorosas,
mañana serán bocas enemigas.*

*El cielo azul ahora, será oscuro
cuando se oculte el sol; y la sonrisa
se volverá mañana ricto duro
a la más impensada cortapisa.*

*¡Tiembo cuando me estrechas en tus brazos,
cuando loca me dices que me quieres:
ídolo que mañana harás pedazos,*

*del despecho carnal en el exceso;
amargura que dejan los placeres,
feñonía que duerme en cada beso!*

Emilio BOBADILLA (FRAY CANDIL)



Narraciones breves

LA VIUDA

La última casa del pueblo es la de la viuda. Las paredes del corral se están desmoronando, y, para cerrar la brecha, ella misma ha puesto entre los adobes unas matas de espiño. Faltan tejas en el tejado; van saltando las piedras rodadas del zaguán; casi todos los cristales de las vidrieras están rotos... Otras casas del lugar van también gastándose, deshaciéndose, poco á poco. Entran en ellas el viento, la lluvia y los miserables, que son capaces de asaltar una casa muerta lo mismo que una tumba. Pero en estas casas, que se caen y que nadie levanta, no hay alma viviente, mientras que en casa de la viuda está la viuda.

¿Pensabais que la viuda es una pobre mujeruca, rezadora, de las que van camino de la iglesia casi pegadas á la pared, escurriéndose como sombras?... Pues, no. Es una mujer fuerte, grande; de estas mujeres blancas que tienen una gran mata de pelo reluciente como el azabache y que cuando se aprietan el corpiño parece como si vistieran armadura. Todas las líneas del rostro puras y severas, y la barbilla carnosa bajo la mandíbula varonil, tan enérgica como el arco de las cejas. Antes llevaba los cabellos planchados sobre las sienes. Ahora se la han escaldado los ojos de llorar y caen las greñas como ellas quieren. Antes reía y cantaba siempre, y ahora no habla más que cuando habla sola. — Era en pleno estío. Llegaba de las Erillas un viento abrasado, y en la noche, sin luna, la luz de las estrellas venía á envolverla en misteriosa claridad. Dor-

mía el campo el sueño ardiente de Agosto y ella esperaba con las ventanas, igual que el corazón, abiertas de par en par. Todos los que aman sabben cómo resuenan, en esa fiebre de la noche, los rumores lejanos; cómo se transforma el vuelo de una lechuza ó el reflejo de un vidrio en el camino. ¡Es tan dulce aguardar al que vendrá de cierto y azuzar á las horas para que pasen más de prisa!... Pero aquella noche, el que ella esperaba no vino. Al amanecer, un tropel de caballos que sale del pueblo. Más tarde el mismo tropel que vuelve. Una pareja de civiles pasa torva y silenciosamente, mira á la ventana y se aleja, fusil al hombro. Luego, los guardas de las viñas y, atravesado en un caballo, muerto á balazos, el marido. Desde aquella noche «la buena moza» era ya «la viuda». ¡Cuántos pasos anduvo! ¡A cuántas puertas tuvo que llamar! El oficio de su hombre era ir por los caminos, pero no como ladrón, sino como honrado trajinante. Si no había hecho mal á nadie, ¿por qué se le mataron como á un perro? Corría en el lugar la voz de que el secreto de aquella muerte lo tenían los civiles, pero del proceso no salió nada. Ni se comprobó qué balas le hirieron, ni se siguió la pista del tratante hasta averiguar quién pudo chocar con él. Quedó una cruz de piedra en la carretera, donde había aparecido su cadáver, y una historia ó una leyenda más para aumentar el terror al tricornio.

Vengativa, la viuda fué buscando entre sus parientes quien quisiera hacer justicia, ya que los

jueces no la hacían. Buscó á sus hermanos, á sus primos carnales y á todos los que contra cualquiera otro enemigo hubieran salido ya, armados de navaja ó pistola, por no verla llorar á aquella mujer. Y cuando se cansó de suplicar se encerró en casa para no ver á nadie. Tiene todas las ropas y los trebejos de su hombre como si viviera. Abre por las noches la ventana que da al campo como si le esperara. Y más de una vez se despierta de sus terribles pesadillas diciendo en alta voz á los asesinos: — ¡Ahora me vais á decir lo que habéis hecho con mi marido! — No cuida de nada, ni siquiera de ella misma, y está grande, flaca y sucia como una loba.

Esta noche de Agosto vuelve á abrirse la puerta de su casa. Es ella. Sale al camino. Pasa por el calvario sin detenerse. Anda... anda... largas horas, como un animal montaraz, y al llegar á aquella piedra blanca se queda escondida, en acecho de alguien que no llega. Con la luz del día vendrán los primeros caminantes y la viuda regresará al pueblo en el borriquillo de algún hortelano ó en el carro de algún vecino. Otra vez se escapará, carretera adelante, y otra vez volverá, tan mansa como un niño que se deja llevar de la mano. Pero una noche pasarán los que ella espera y entonces nadie podrá salvarles, pues la que les aguarda no es ya la viuda, ni la loba, sino la Muerte.

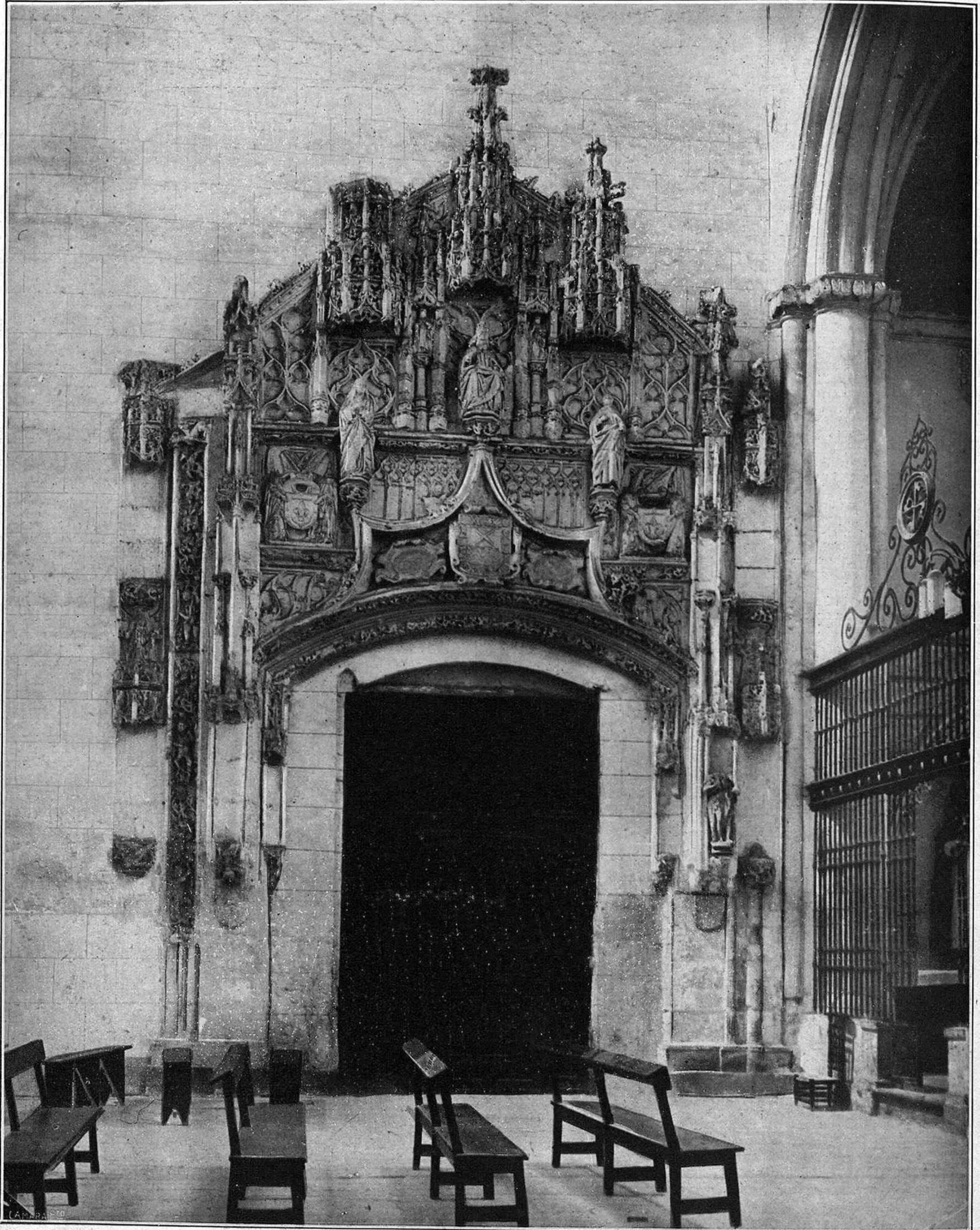
Luis BELLO

DIBUJOS DE DHOY



L. CAMARON

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA

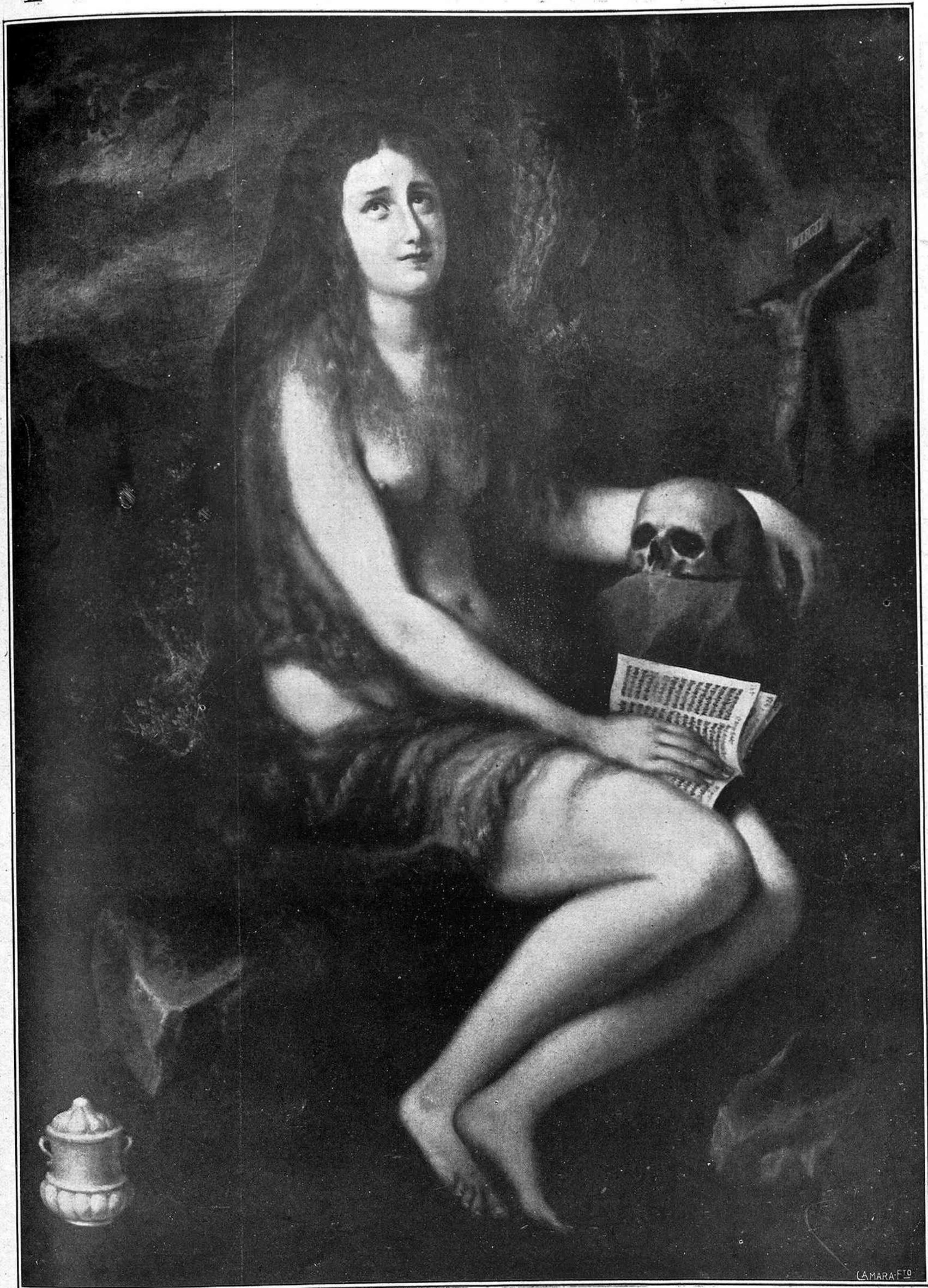


Magnífica puerta existente en el interior de la iglesia de San Pablo, en Valladolid

FOT. HIELSCHER

Hállase situado este hermoso templo hacia la parte norte de la ciudad, y es un prodigio del arte gótico. En él se conservan insignes recuerdos, desde la memoria de Juan II hasta el retiro del cardenal de Lerma, su restaurador. Destácanse de esta iglesia, por su belleza y proporciones, la artística portada y la grandiosa nave

PÁGINAS ARTÍSTICAS



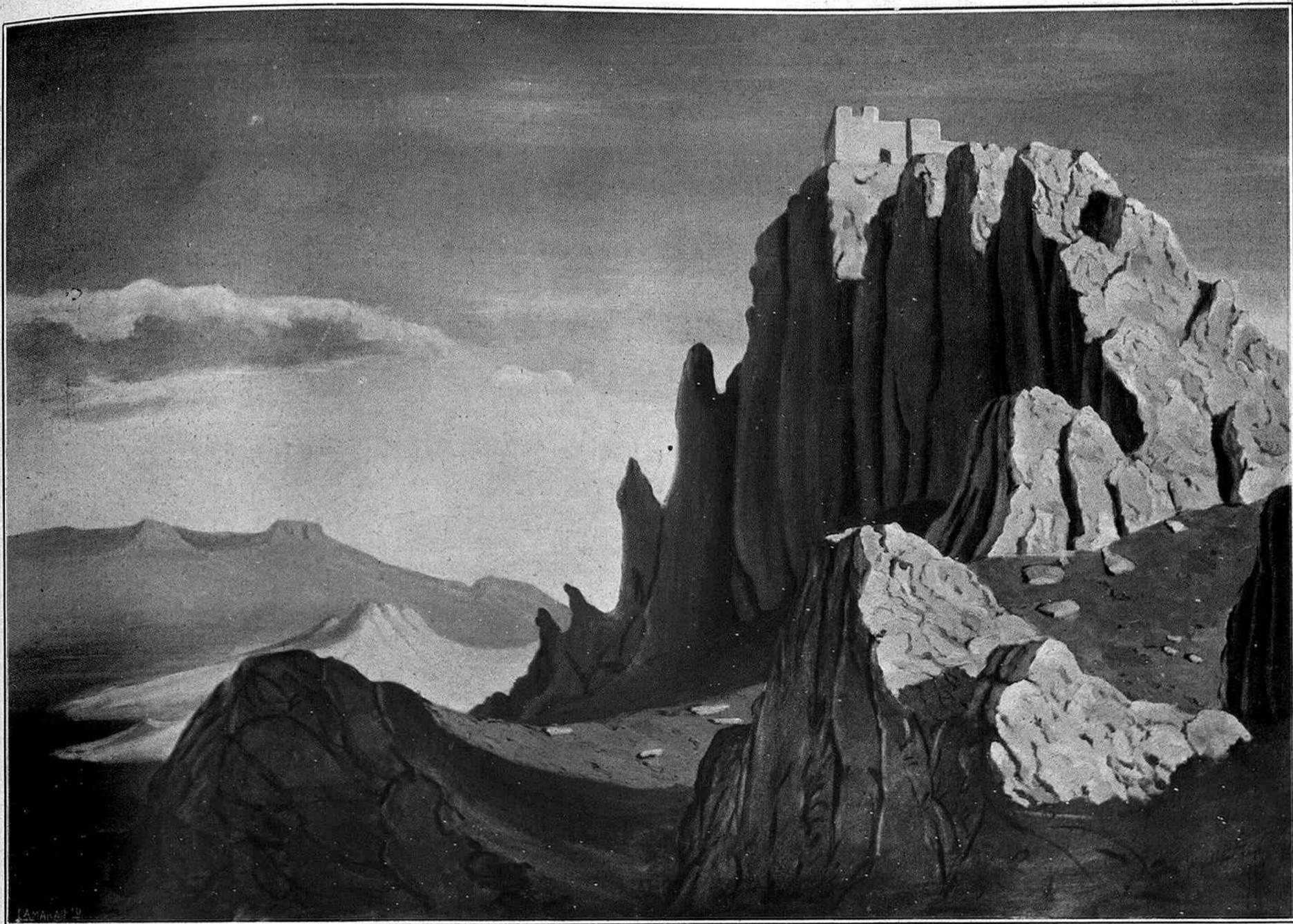
LA MAGDALENA, cuadro de Cigoli, que se conserva en la Galeria Pitti, de Florencia

LA MODA FEMENINA



Dos elegantes vestidos de "soirée", uno de tisú negro bordado en oro y otro de gasa y seda "liberty"

FOT. HENRI MANUEL



"El castillo de Cieza", cuadro de Wyndham Tryon

POR TIERRAS DE LEVANTE CIEZA, LA RIENTE

SITUADA en un valle amenísimo que se extiende por la falda de altos montes y regada por el caudaloso Segura, que casi la circunda totalmente, la populosa Cieza, la histórica villa de la provincia de Murcia, ofrece á la admiración del turista el bello encanto de una pintoresca posición geográfica, la alegría de un ambiente saturado de esencias y el interés de una población con vida propia, resultado de un esfuerzo constante, de ese esfuerzo intelectual y material que determina el engrandecimiento para los pueblos activos y laboriosos...

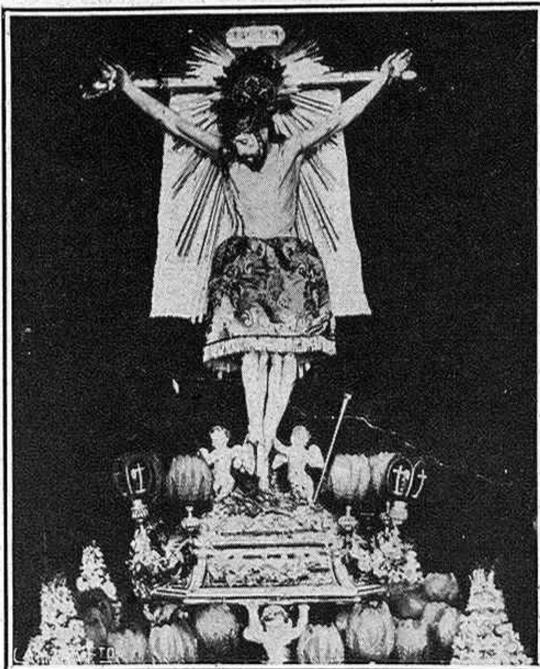
Pero, aparte esta bella condición, Cieza puede ufanarse del privilegio que le fué otorgado por la Naturaleza, revistiéndola con sus galas mejores, en la esplendor de su soberana magnificencia.

Por eso Cieza ríe, feliz y satisfecha de sus propios dones...

Entre sus riquezas artísticas posee la suntuosa y admirable parroquia de la Asunción, cuya portada principal conserva, como las laterales, la forma greco-romana en la bondad y en la severidad de su aspecto. Gallarda y gentil álzase sobre el templo la moderna torre, caprichosa imitación del estilo ojival. Es también digna de elogio la ermita de San Bartolomé, por su notable *conjuratorio*, desde el cual se domina el hermoso panorama de la vega, el río, los altos montes próximos, y puede apreciarse, en toda la plenitud de su exuberancia, la rica vegetación que nace, si no espontánea en absoluto, sin fatigosa labor de los huertanos, que hallan pródiga recompensa en el fácil cultivo de una tierra fe-

cunda y bienhechora, la madre tierra, inagotable en sus frutos generosos...

Se supone que Cieza es la antigua estación romana de Ségisa, aunque en esto no convienen



El Cristo del Consuelo, que se venera en Cieza

todos los historiadores; pero sí se deduce su larga historia ascendiendo á la *Atalaya*, desde donde se contemplan vestigios de población remota, ó al *Cerro del Castillo*, donde se hallan con alguna frecuencia sarcófagos romanos.

Son famosos por su altura y por su producción los montes del *Oro*, *Pico-Blanco* y el *Peñón de Armonchón*; montes espartarios que, como la *Atalaya*, parecen aguerridos y leales custodios de la villa, la que cuenta además con el tradicional castillo, sólido y tenaz baluarte que se mantiene arrogante y altivo á través de los siglos que pasan...

Frente al castillo, y como dulce y consolador ejemplo de contraste, álzase, majestuosa, una ermita que atrae la incesante concurrencia de los ciezanos; en esta ermita se venera la imagen de un Cristo milagroso, el *Cristo del Consuelo*, que irradia su divino influjo para bendición de los campos floridos y amparo de los creyentes. El *Cristo del Consuelo* es la razón del bien que demandan los naturales de este paraíso esenciado con efluvios que se elevan en loor al Altísimo. Al *Cristo del Consuelo* piden las bellas ciezanos, moras por su raza, cristianas en su místico fervor, protección y piedad, alivio para sus penas y fortuna en su maternal afecto. Y los ojos encantadores de una ciezana, cuando vierten llanto, destilan toda la bondad de un alma pura y noble, reflejando la fe que las hace acreedoras á todos los consuelos, reconcentrados en el sublime poder del Cristo que veneran con esa fe inextinguible de los sinceros creyentes...

G. A.

Sugestiones de Carnaval en la era del bolcheviquismo



“Madame Recamier”, reproducción plástica del

famoso cuadro, por mademoiselle Aline Le-Calvez

(Carta abierta para una amiga española)

ME preguntas, Carmen, si habrá fiestas de Carnaval este año en París, en Niza, en Venecia... No, amiga mía. No habrá fiestas... Aun no se ha firmado la paz de esta guerra que creíamos concluida, y ya por Oriente se alza el fuego de una nueva y más terrible contienda.

No habrá fiestas, Carmen, en París, ni en Niza, ni en Venecia... Pero tranquilízate: habrá Carnavales en Madrid, como los hubo en años anteriores, desde 1914 hasta la fecha...

Recuerdo que en uno de los peores días de la batalla de Verdun—cuando morían los hombres por cientos de mil; cuando el mundo entero, en espanto y en angustia, suspendía hasta su aliento para mejor escuchar los ecos del inmenso drama—recibí yo, en París, un paquete de diarios y revistas que me traía el correo de España... Tú no puedes figurarte, Carmen, el asombro que me produjo ver aquellas páginas, impresas con el reflejo fiel de vuestra vida, y cubiertas, en tal

momento, por las reseñas y las informaciones gráficas de vuestro Carnaval...

Nunca, en los frecuentes y dolorosos contrastes que me ofreció la vida española vista desde fuera de España, sufrí tanto ni tan profundamente como en ese día que ante mis ojos puso, frente a frente, el martirio del mundo y la fiesta de España, la tragedia de Verdun y la mascarada de Madrid, lo infinitamente solemne y lo infinitamente ridículo...

Por eso, española amiga, yo en tu caso, y por mucho que se hable de paz, no haría del Carnaval, en este año, una insensata algarabía de *confettis*, de serpentinas, de bombones y de flores, como lo fueron los Carnavales hasta ahora; y no lo haría, Carmen, porque jamás en la negra historia del mundo hubo tanta negrura como ahora, ni hubo tal número de infelices en la miseria, ni murieron de hambre y de frío tantos hombres, tantas mujeres, tantos niños...

Y jamás, en la roja historia de las impacien-

cias populares, hubo un río de sangre parecido al que ahora nace y se forma en el Oriente de Europa, y rueda hacia nosotros inundando los valles y los llanos, y sumerge las cumbres, y arrastra, como guijarros, las coronas...

Tú has oído hablar de ese río, Carmen... Se llama *bolcheviquismo*.

No sonrías ante este nombre extraño que para tu latina frivolidad y tu agarena ignorancia es, al cabo, «política»; cosa de hombres... No, Carmen... Esto no es «política» ni feo juego de hombres... Esto es cosa de hombres y de mujeres; de todos los hombres y de todas las mujeres... Esto es el airado grito de la Humanidad cansada de sufrir, y si quieres comprenderlo fijate, al pasar por esas calles, cuando sales del teatro, en las gentes que duermen sobre la acera, junto al umbral de una puerta... Fijate bien y verás que entre esas gentes hay viejos tan viejos como tus abuelos y niños tan pequeños como tus hermanos; y unos y otros son de la misma carne que

LAMARA-FTO



"La lechera", de Greuze, reproducción plástica por ma dame Debas

los padres y que los hijos de tus padres; y unos y otros tienen iguales derechos que tú y que los tuyos al pan y al fuego, y para que tú lo supieras y no lo olvidaras murió, hace casi dos mil años, sobre la cruz el Nazareno..

Piensa un poco en todo esto, española amiga, y no hagas del Carnaval, en este año, la acostumbrada algarabía de *confetti* y de serpentinas, de flores y de bombones... Organiza fiestas, si te place; mas procura que esas fies-



"Muy siglo diez y ocho", sugestión de la bella bailarina "La Bilbainita"

tas sean discretas y que las abone una intención de caridad...

¿Por qué no intentas la reproducción plástica de cuadros famosos?

Aquí te mando fotografías de algunas de estas reproducciones hechas en París...

Es un excelente pretexto para vestirse, para reunirse en un salón y para, en fin de fiesta, tender la mano en favor de los pobres...

¿No te parece?...

A mí me parecería muy bien, y además vería en ello una acertada prudencia...

Antonio G. DE LINARES



"Carnaval", sugestión de la encantadora artista Luisita Puchol FOT. LARREGLA

AMARA-FOTO



LIENZOS MADRILEÑOS
Las joyas artísticas de San Andrés



SOMBREANDO una plazoleta silente y aldeana, circundada de poyos de piedra, de cuyo pavimento brota á trechos una hierba obscura y desmedrada, álzase, ingente, la muy antigua parroquia de San Andrés.

Esta es la iglesia de Madrid de más puro valor artístico entre las preciosidades de detalle y la asombrosa riqueza arquitectónica que nos han legado los precedentes siglos cristianísimos. A ella perteneció como cura párroco el maestro Juan López de Hoyos, á cuyos *Estudios* de Madrid asistieron los más celebrados escritores de la época, entre ellos Miguel de Cervantes, que fué el discípulo predilecto del sabio y venerable sacerdote.

Una de las admirables obras escultóricas que encierra la iglesia mencionada, es la capilla del obispo, empezada en 1520 por la pia voluntad del licenciado D. Francisco de Vargas, del Consejo de los Reyes Católicos, y terminada por su hijo D. Gutierre de Vargas Carvajal, obispo de Plascencia, que le ha dado su nombre, aunque su verdadera advocación es de San Juan de Letrán.

El magnífico retablo mayor es obra de D. Francisco Giralte, como también las estatuas orantes del fundador y de su esposa, á ambos lados del presbiterio, y el sepulcro del obispo D. Gutierre, magnífico monumento artístico y ornamental, que honra la época de Carlos I.

Bajo un arco de medio punto, coronado por un ático de pareadas columnas, el del centro, está la estatua de D. Gutierre, arrodillado y en actitud de orar; tras él, los familiares, con tal expresión de vida, que bien muestran las citadas figuras ser retratos, y formando marco, en torno, estriadas columnas, ángeles y santos, y el arca donde estuvo el cuerpo de San Isidro. Cierran esta maravillosa obra de arte unas admirables puertas de nogal, prodigiosamente talladas. Se ignora la época de la fundación de este templo, siendo la primera noticia que de él se tiene el haber sido enterrado en su cementerio el santo labrador por los años de 1130.

Una de las imágenes más artísticas que posee es la imagen del titular,



Exterior de la iglesia de San Andrés

colocada en un nicho, sobre la puerta de entrada, debida al escultor Manuel Pereira, de quien también es la efigie de Santa María de la Cabeza, que está en la embocadura de la capilla mayor, al lado de la Epístola, situada sobre lo que fué cementerio.

En el exterior, el cuerpo de luces de la cúpula está adornado con diez y seis bellas estatuas clásicas de apóstoles y doctores.

El retablo mayor consta de cuatro cuerpos, con multitud de columnas talladas en los tercios inferiores; hay en los intercolumnios diez bajorrelieves que representan pasajes de la vida y pasión de Jesucristo, completando el ornato escudos de armas.

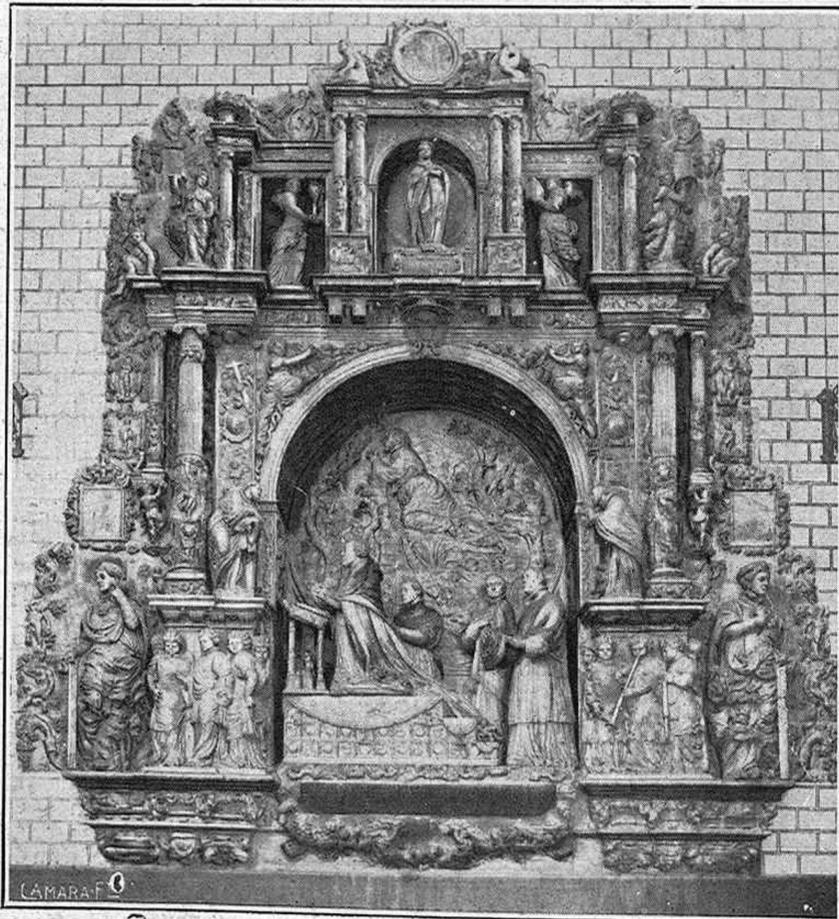
La capilla inmediata, llamada de San Isidro, que está al lado del Evangelio, se construyó en 1657 con arreglo á los diseños de Fray Diego de Madrid. Dirigió las obras, primero, D. José Villarreal, y, después, D. Sebastián de Herrera Barnuevo, adornándola con pilastras de mármol, cornisa y bóvedas, lienzos de Juan Carreño y de Francisco Rici y catorce columnas de mármol negro. En el centro se eleva, completamente aislado, el retablo mayor, sostenido por dos columnatas, terminando en una cubierta calada llena de figuras. En este retablo, por espacio de cien años, estuvo el cuerpo de San Isidro, labrador, hasta que fué trasladado al sitio que hoy ocupa en la catedral.

En San Andrés, como en casi todos los templos de Madrid, hay encerrados verdaderos tesoros artísticos, joyas esencialmente nacionales, cristalización estética de las clásicas y diversas escuelas y del alma religiosa y fuerte de los antepasados.

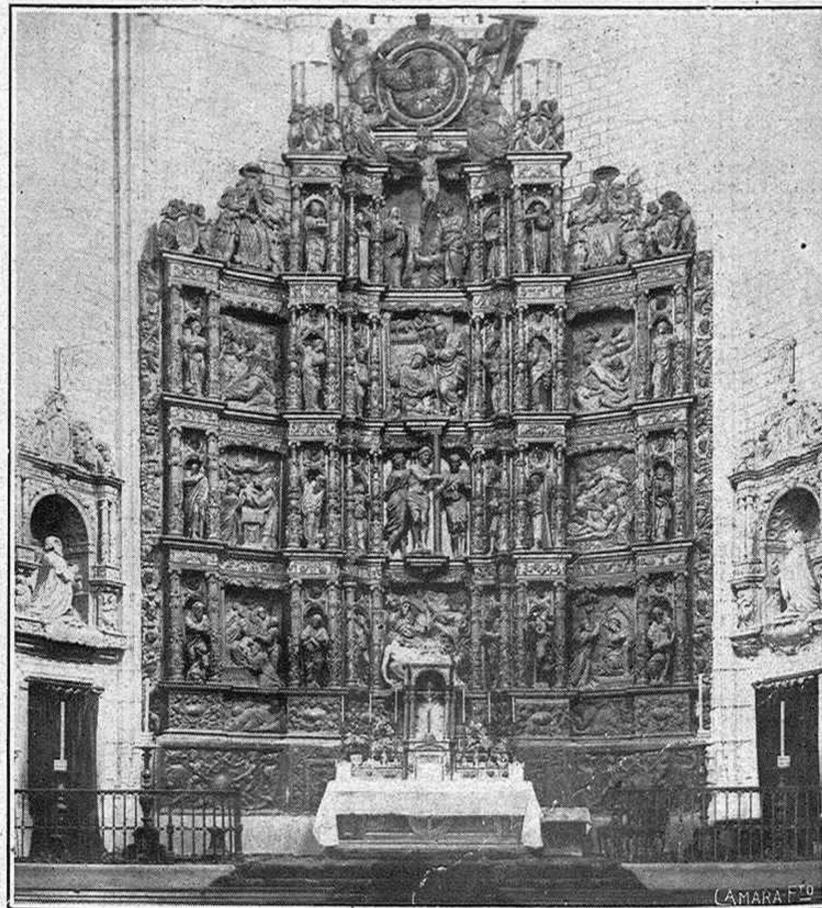
En España pesa un gran silencio mortal sobre todo lo bello, y los ojos, ávidos de estéticas impresiones, acuden sólo á los lugares de exposición, como los museos, cuando al detalle hay por los rincones de

los templos preciosidades olvidadas, como unos lienzos del Tiziano, del divino Morales, de Jordán, de Alonso Cano y de Claudio Coello que se conservan en la sacristía de la iglesia de San Isidro, en la calle de Toledo.

E. CARRÉRE



Sepulcro del obispo Don Gutierre



Magnífico retablo del altar mayor

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

**Remington
UMC**

Armas y Municiones

De fama reconocida por los mejores tiradores.

De venta por los principales negociantes del ramo en todas partes.

REMINGTON
UMC



B-9

Lea usted los viernes

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

Número suelto: 40 cénts. en toda España

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse a Hermsilla, número 57.

ALFONSO

FOTÓGRAFO

Tuencarral, 6 Madrid

ANTRACITA CALEFACCIONES

175 ptas. tonelada; Cok, 160; Leña encina, 78; Partida, 88; Granadillo, 145; Cocina, 40 kilos, 5,50; Encina, 8,40. El Trust Regulador (S. A.). Almacenes: Moratines, 15.—Teléf. M. 604.

GRAN EXITO

LA PATRIA CIEGA

POR

ANTONIO ZOZAYA

Sociedad Española de Librería: Ferraz, 21

4 PESETAS

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID

**UNA
PASTILLA VALDA**

EN LA BOCA

ES UNA GARANTIA DE PRESERVACION

de las afecciones de la Garganta, Corizas, Ronqueras, Resfriados, Bronquitis, etc.

ES LA DESAPARICION INSTANTANEA

de la sofocación, accesos de Asma, etc.

ES LA RAPIDA CURACION

de todas las enfermedades del pecho

ADVERTENCIA IMPORTANTISIMA

PEDIR, EXIGIR

en todas las farmacias

LAS LEGITIMAS PASTILLAS VALDA

que son ÚNICAMENTE las que se venden en CAJAS de Ptas 1,50

y llevan el nombre **VALDA** en la tapa

AGENTES GENERALES: Vicente FERRER y C^o
Barcelona.

Fórmula:
Menthol... 0,012
Eucalyptol... 0,012
Azúcar-Goull.

SIROLINE "ROCHE"

El frasco fcos 4.

Pidase en todas las buenas farmacias.

Tomada a tiempo, la **SIROLINE** preserva de enfermedades más graves a los que están atacados de afecciones de las vías respiratorias: *Catarros, Tos rebelde, Gripe, etc*

Deben tomar la SIROLINE:

1. Cualquiera que se halle propenso a adquirir resfriados, porque más vale prevenir que curar.
2. Los niños escrofulosos, a los que mejora muchísimo el estado general.
3. Los asmáticos, a los cuales alivia considerablemente sus sufrimientos.
4. Los adultos y los niños atormentados por una tos pertinaz, a los que rápidamente contiene las quintas dolorosas.

➔ Sucursal de LA ESFERA ➔
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97

Se remite gratis, á quien lo solicite,
☞ Catálogos y su Boletín mensual ☜

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

Overland

TRADE MARK REG.

Es el automóvil

que más y mejor servicio presta.
Lo utiliza desde S. M. el Rey, que prefiere esta marca á cualquiera otra, hasta el modesto empleado que necesita rápidamente acudir á sus ocupaciones.
Lo permite la variedad de tipos, desde el más ligero y económico de 10 caballos al más potente y lujoso de 60 caballos.
Hay variedades de 4, 6 y 8 cilindros, con y sin válvulas, y las características de todos ellos son las siguientes:

Construcción esmerada.	Seguridad en el servicio.
Elegancia en las líneas.	Suavidad en los movimientos.
Economía en el consumo.	Potencia en el motor, y

Un valor efectivo muy superior á lo que por él se paga.

WILLYS-OVERLAND, Inc.
Toledo, Ohio, E. U. A.

GARAGE "EXCELSIOR"
ALVAREZ DE BAENA, 7 MADRID

Para Viajes, Excursiones, Meriendas, Cacerías, etc., no olvidar la **Mortadella "SIBERIA"**

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS